

anuario
1989

INSTITUTO
DE ESTUDIOS
ZAMORANOS
FLORIAN
DE OCA MPO



ANUARIO 1989

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
"FLORIAN DE OCAMPO" (C.S.I.C.)

**anuario
1989**

**INSTITUTO
DE ESTUDIOS
ZAMORANOS
FLORIAN
DE OCA MPO**

CONSEJO DE REDACCIÓN

Miguel Ángel Mateos Rodríguez, Enrique Fernández-Prieto, Miguel de Unamuno, Juan Carlos Alba López, Juan Ignacio Gutiérrez Nieto, Luciano García Lorenzo, Jorge Juan Fernández, José Luis González Vallvé, Eusebio González, Amando de Miguel.

Secretario Redacción: Juan Carlos Alba López.

Diseño Portada: Angel Luis Esteban Ramírez.

© INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
"FLORIÁN DE OCAMPO"
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.)
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZAMORA

ISSN.: 0213-82-12

Depósito Legal: ZA - 297 - 1988

Imprime: Gráficas Heraldo de Zamora. Santa Clara, 25 - ZAMORA

INDICE

ARTICULOS

ALFARERIA	13
Asunción Limpo y Llofrú, Carmen Jorge García Reyes, Susana Vicente Galende: <i>Alfarería popular de Toro</i>	15
ARQUEOLOGIA	93
Ricardo Martín Valls, Germán Delibes de Castro, Jorge Juan Fernández y Santiago Carretero Vaquero: <i>Campamentos de Petavonium</i>	95
Luis Carlos San Miguel Mate y Ana Isabel Viñe Escartín: <i>Excavación arqueológica en las murallas de Zamora “La Bajada de San Martín”</i>	111
Macarena Sánchez-Monge Llusa y Ana Isabel Viñe Escartín: <i>Documentación arqueológica de un horno de fundir campanas en el solar de la plaza de Arias Gonzalo (Zamora)</i>	123
Macarena Sánchez-Monge Llusa y Ana Isabel Viñe Escartín: <i>Excavaciones arqueológicas en la Iglesia de San Ildefonso</i>	133
Jesús Celis Sánchez y José Avelino Gutiérrez González: <i>Los Cuestos de la estación, Benavente (Zamora). Reseña de la III Campaña de excavación</i>	145
Jesús Celis Sánchez y José Avelino Gutiérrez González: <i>Noticia de la excavación de urgencia en “El Pesadero”, Manganeses de la Polvorosa (Zamora)</i>	161
Julián Santos Villaseñor: <i>“La Aldehuela”, Zamora. Resumen de la tercera campaña de excavación</i>	171
Angel L. Palomino Lázaro: <i>Las manifestaciones tumulares, no megalíticas del centro de la meseta. Nuevas aportaciones en la provincia de Zamora</i>	181
Alonso Domínguez Bolaños: <i>Intervención arqueológica en el castro de San Esteban, Muelas del Pan</i>	191
Ana I. Viñe Escartín y Macarena Sánchez-Monge Llusa: <i>Primera campaña de excavación en el Alcázar de Toro</i>	201
PALEONTOLOGIA	209
Emiliano Jiménez Fuentes, Santiago Martín de Jesús, Francisco Javier Ortega Coloma: <i>Excavaciones paleontológicas en Zamora</i>	211
ESTUDIOS ARTISTICOS	227
Inocencio Cadiñanos Bardeci: <i>Noticias artísticas de algunos templos zamoranos</i>	229
Carlos Domínguez Herrero: <i>Una portada románica</i>	239

ECOLOGIA	273
José Ignacio Regueras Grande: <i>Rentabilidad de la caza mayor en la provincia de Zamora, 1986</i>	275
Pedro Ladoire Cerné: <i>Valorio, parque natural de Zamora</i>	383
ENSAYOS	415
Remigio Hernández Morán: <i>Artículos (I)</i>	417
HISTORIA	461
Antonio Matilla Tascón: <i>El Mariscal del Perú, don Alonso de Alvarado y su familia (I)</i>	463
Antonio Jesús Martín de Lera: <i>La Aljama judía de Toro y sus judeo conversos (1487-1494)</i>	505
M ^a José Espinosa Moro: <i>Fundación de las capellanías y otros destinos de las remesas de oro y plata enviadas por zamoranos residentes en las Indias. Siglos XVI-XVII (I)</i>	543
Enrique Fernández Prieto: <i>Diego de Ordax, conquistador en Centro y Suramérica</i>	615
Luis Fernando Delgado Rodríguez e Hilarión Pascual Gete: <i>La prensa zamorana no institucional del sexenio revolucionario (1868-1874). Análisis de los períodos conservados y aportaciones históricas</i>	629
LITERATURA	649
M ^a Dolores de Asís: <i>El símbolo del mar en la poesía de Octavio Uña</i>	651
Juan Carlos González Ferrero: <i>Las actitudes lingüísticas de una comunidad castellano-leonesa de carácter semiurbano: Toro (Zamora)</i>	663
MEMORIA Y ACTIVIDADES	
Memoria Año 1989	709
I JORNADAS DE OTOÑO	715
Manuel Alvar López: <i>Español de dos mundos</i>	717
Alfredo J. Moyano Jato: <i>Avances en oncología médica</i>	737
Fernando Savater: <i>El pluralismo moral</i>	757
INAUGURACION DEL CURSO	
Rosario Prieto García: <i>Reacción, impacto y repercusiones de la Revolución Francesa</i>	777

ARTICULOS

ARTICULOS (I)

REMIGIO HERNANDEZ MORAN

Es el artículo periodístico, a manera de ensayo de urgencia, un toque de atención sobre temas de actualidad o simple divertimento literario de la cuestión más nimia. Los escritos de cada día son como articulaciones que conforman el cuerpo de la sociedad, le toman el pulso y hasta pueden diagnosticarle o prevenirle de cualquier enfermedad; ellos articulan, vertebran, la anatomía cívica. Los artículos son a modo de artejos, retazos, palpitaciones candentes del discurrir cotidiano: nunca mejor dicho que su vida es efímera - la duración de un día-, pero el prolongarla es misión del lector inteligente que sabe leer entre líneas y suple con su cultura la intención o carencia del escritor.

El devenir diario, periódico, descrito y comentado con donaire o desenfado, humor o llaneza, calado o crítica, compone este haz heterogéneo para solaz del lector; la superficialidad y ligereza, la variedad temática, hacen de su glosa miscelánea un género literario atemperado a los tiempos, a su celeridad, a la momentaneidad de la noticia vista y leída y olvidada. Y si no es así, amable lector, que la gavilla de estos artículos aparecidos en *El Correo de Zamora* -de larga siembra y trabajosa siega- colmen las trojes de tu espíritu con la mejor voluntad.

PRO CORONA

El año 336 antes de nuestra Era vivía en Atenas un político que se llamaba Ctesifonte y que propuso al Estado la concesión de una corona de oro a un ciudadano por los relevantes servicios prestados a la *polis*, a la ciudad. El nombre de ese ciudadano era Demóstenes, el más grande orador que haya existido. Tal es el origen de su famoso discurso *Pro Corona*. Con ello reconocía Atenas que la actuación política de Demóstenes fue siempre desinteresada y patriótica. En las grandes Fiestas Dionisiacas del año 330 en el grandioso teatro ateniense tuvo lugar la ceremonia de la coronación de Demóstenes rodeado de sus conciudadanos, adornados con guirnaldas de mirto y rosas, jazmines y violetas.

El Premio Nobel de la Paz para el Rey. Así ha sido propuesto al Comité noruego de la Paz por personalidades y Organismos de todo el mundo. Sólo la distancia deja ver el bosque entero, este pandero agitanado de nuestro pueblo que retumba entre los árboles. Ruidos y carreras chocando y tropezando contra los muñones de las talas. Sólo desde fuera puede divisarse tranquilamente esta algarabía nacional. Cinco años han pasado y parecen décadas. Lo que parecía sereno no estaba más que sesteando. Cuando se ha puesto de pie tanto lodo ha rechinado el viento en la laguna y semeja un mar embravecido. Ante tamaña orquesta y mientras se levantan las

paredes del nuevo edificio y revientan y estallan cañerías y se adecenta y se hace la luz y algún obrero eterniza su trabajo, no los enanos de su alrededor, sino un hombre joven al que le auguraban brevedad e inexperiencia, como si el abolengo y señorío se improvisaran, eso se mama y se cría, viene de raza y de raíz, ese hombre, digo, se agiganta y otea el horizonte y la obra y se sonríe de tanto capataz incapaz y sabe de sobra que el trabajo es largo y más cuando arribaron a él mequetrefes y esnobistas, aprendices de la *polis*. Este hombre que ve tantos fallos en estos afanadores, con su alta política no partida, da una lección con su palabra de vez en vez, y no conviene más, para hacer progresar a los que se creen adelantados y hacerles ver que él ya está curado en salud de tanta democracia, porque en esta ciencia él es el heraldo primero a la usanza de sus mayores y tal vez el único demócrata puro, que lo demostrará aun en los momentos más adversos porque lo aprendió de familia y se lo recuerda su esposa, nacida precisamente en la cuna de la democracia.

Un hombre para la paz, rodeado de tanta guerra pequeña en su propio país, que tiene que hacer filigranas en este tejado de vidrio de la transición y que ha de recorrerlo en equilibrio y con moderación y valentía para que los más no se agobien ni se arredren y los menos no se crezcan. Un hombre sereno, con nervios de acero, que no se inmuta ante tamaño descalabro nacional que predicán y auguran los menos y la mayoría no traga porque de sobra sabe que una transición de cinco o diez años en la historia de un pueblo es apenas una vuelta de hoja en el libro de su historia. Y desde esta perspectiva histórica habría de juzgarse a este hombre que, a pesar de las salpicaduras y motas que puedan empañar este período, se duele y se esfuerza en hacer comprender que lo primero fue una Constitución, el primer problema resuelto, aunque queden otros menores, hilachas de un tejido a punto de rematar. Desde su prospectiva le crujiará el dolor de cada día, pero sabe que al fin la meta es la paz, aunque en este reajuste tiemble el cuerpo no de estertores sino de despertar.

Paz para un pueblo y entre los pueblos y suavizar tanto rechinaje en un mundo que más parece un poliedro que una esfera. Porque la paz es redonda, no de aristas, y así lo cree y lo anuncia casi en silencio este hombre de bien que avanza despacio porque tiene prisa en devolver a los pueblos de su Estado lo que ellos trajinan por alcanzar crujiendo sus huesos: la paz para un pueblo deseada internacionalmente en este Nobel, reconocida y representada en su persona.

El llevó la paz con su presencia relámpago a las tropas españolas del Sahara en los primeros días del quiebro español cuando la «marcha verde» marroquí sembraba la guerra.

El marcó el giro de ciento ochenta grados en la política española con su discurso de la Corona y el subsiguiente cambio de presidente del Gobierno.

El propició sorprendentemente la vuelta del exilio de tantos españoles necesá-

rios para la implantación de la democracia, aunque algunas piezas parecieran entonces que no encajaran y hoy resulten imprescindibles.

El ha llevado en sus viajes por el mundo el nuevo talante español, ha tendido lazos de amistad y ha hecho que España deje oír su voz y comience a ser protagonista donde antes su palabra era sorda y muda.

El rubricó la Constitución, cuyo embrión fue su primer discurso, como Rey de todos los españoles, sin distinción y con unidad.

En 1980 hay en Europa un país que se llama Noruega y que recibió multitud de propuestas del mundo para conceder al Rey Juan Carlos el Nobel de la Paz por los servicios prestados, por su generosidad y comprensión, avanzado de los derechos humanos, liberal de convivencia. Ese galardón sería un don máspreciado que una corona de oro.

HELENA

Con ocasión, hace unos días, de la solemne entrega a la Armada Española de la corbeta *Infanta Elena* en acto presidido por nuestros Reyes en Cartagena, quisiera salir al paso de esta crasa falta de ortografía, máxime cuando se ostenta tan llamativa y gentilmente en los flancos de una nave. Dios me libre de pensar que a bordo de la misma navegara de nuevo, rumbo a mares desconocidos, la enamorada Helena, aquella reina de Esparta, esposa de Menelao, raptada por Paris y causa de la guerra entre griegos y troyanos, feliz guerra que inspiró una obra tan inmortal como la *Iliada*.

El caso es que si siempre nos referimos a Helena de Troya y la escribimos con H, así debemos transcribir el nombre de la Infanta y de cuantas mujeres lo llevan tan bello, afín, además, del país de origen de nuestra Reina, Hélade o Grecia, y no mutilarla de una H que es la elegancia personificada de una letra tan sencilla y silenciosa que no necesita ni que se pronuncie y tan humilde de minúscula y generosa que nos ofrece su asiento en la semeja.

Existe en griego un signo ortográfico llamado *espíritu áspero*, de fuerte aspiración, que es el origen de la H en muchas palabras españolas. Por llevarlo la palabra griega *Helena*, es por lo que en español Helena debe escribirse con H. Y de ahí otras tantas palabras tocayas, como Helenio, Helenismo, Heladio, heleno, etc. Es más, incluso por su escritura en griego, debía pronunciarse en español Hélena; pero no vayamos contra el uso —que sería casi un abuso— ni contra el empleo democrático y sentir del pueblo, que el español es llano por ley de economía y no esdrújulo.

Y no porque la inercia del uso haya extendido un error, debemos aceptarlo. Si otras palabras tan próximas las transcribimos bien, hagamos lo mismo con esta HELENA, griega por su significado y ejemplo por excelencia de la cultura que representa.

OLIMPIA XXII

Flanqueada por los ríos Alfeo y Gladeo, Olimpia, en la península de Morea, al sur de Grecia, llora hoy sus ruinas milenarias –siglo VIII a. C.–, indiferente a la historia, fénix renacida de sus cenizas gloriosas, vulgar ciudad moderna escasa de recuerdos, maltratada por inundaciones y terremotos. Allí restalló potente el rayo de Zeus Olímpico, de oro y marfil, una de las siete maravillas del mundo, obra de Fidias, el mejor de los escultores griegos. La gracia y suavidad del *Hermes* de Praxiteles y la *Victoria* de Peonio en su museo son los mudos heraldos que siguen anunciándonos con su silencio los griteríos de otrora, atronadores del gentío que acudía a los Juegos de todas partes de Grecia, proclamada la tregua sagrada del cese de hostilidades y rencillas, que la cultura nunca fue huésped de la guerra y la violencia y el fragor de las armas no deja oír la voz de los poetas. Y el poeta Píndaro, en cuya boca de niño –según la leyenda– anidaron las abejas, fue el dulce cantor de los vencedores en los Juegos Olímpicos.

El origen de las Olimpíadas fue, sin duda, religioso. Tres eran los fines de los Juegos: honrar a los dioses, unir a los griegos y exaltar la belleza corporal representada en el arte del esfuerzo, que eso es el deporte. Las solemnidades de los Juegos llevaban aparejadas, como en nuestros días, multitud de actividades de toda clase, desde los famosos concursos literarios o representaciones dramáticas hasta los últimos gritos estentóreos del último charlatán o sofista; todo aquel maremagnum era un escaparate de ostentación de todas las regiones y ciudades, revoltijo de gala y baratijas, rastro y elegancia, exposición universal de todo lo que suponía la cultura y el alegre vivir de una parte del mundo mediterráneo, el pueblo griego. Sólo los hombres libres podían participar en las competiciones.

Los Juegos se celebraban cada cuatro años y sirvieron para el cómputo oficial del calendario griego. Las principales pruebas deportivas fueron el salto, la carrera con armas, las carreras de carros y de caballos, el pugilato o boxeo y el pancracio (mezcla de lucha y pugilato). Como vemos, poco han variado las fundamentales. Sólo echamos de menos las carreras de carros, que muy bien pudieran haberse sustituido por los coches de Fórmula I, caballos-animal por caballos-fuerza o carros antiguos por modernos *carros* americanos.

Las mujeres estaban excluidas totalmente de los Juegos. Otros sostienen que sólo las solteras podían asistir. Pero también tenemos noticia de que en la misma Olimpia se celebraron unos Juegos paralelos sólo para mujeres. La razón es que su pudor pudiera resentirse al competir en el estadio los participantes completamente desnudos; y de ahí la perfección del cuerpo humano en tantas esculturas llegadas hasta nosotros.

El vencedor recibía una corona de olivo silvestre y gloria inmarcesible. Algunos

hasta tenían derecho a una estatua en el templo de Zeus Olímpico. El triunfador era recibido en su ciudad como un héroe. En Atenas se le concedían honores especiales, como el de presidir fiestas, estar exento de impuestos e incluso el ser mantenido a costa de la Administración pública. Algo parecido a nuestros lares. Faltaría más que a nuestros oriundos o nativos futbolistas millonarios profesionales se les eximiera en Hacienda y se les subvencionara vitaliciamente y, en paradoja, a los auténticos olímpicos aficionados –valores relegados– se les exaccione y no se les haga aquello mismo y con justicia. En Esparta los vencedores olímpicos formaban la guardia real y tenían el honor de combatir en las guerras al lado de su rey. Nunca mejor corona.

Doblando la esquina de la primavera se nos aparece la estampa moscovita de la XXII Olimpiada. Revueltos andan los ánimos e intereses, a vueltas las naciones, que más bien parece que ha comenzado la Olimpiada con una lucha libre americana, pues es América la que quiere poner de espaldas en el suelo a su contrincante política y deportiva. Mala andadura esta de querer meterse a mandobles por la callejuela tranquila de los deportes la política del chantaje. Pues lo que empezó siendo una competición de individuos se ha politizado en los Estados. Escándalo debía ser para el género humano, recordando aquellas treguas sagradas de la Grecia clásica, no haber podido evitar unas guerras mundiales que nos privaron de tres Olimpiadas y para colmo impidieron presentarse a los vencidos, esclavos del mundo moderno, como si sólo los vencedores fueran los libres de antaño. Si el participar no es cuestión política, tampoco debe serlo el no participar. Malo cuando se quiere anteponer el orgullo de un nacimiento casual o convencional al atletismo de raíz o nacencia. El deporte fue antes que el nacionalismo, pues el individuo fue antes que la sociedad. Así ocurrió en Grecia.

Y no debemos escudarnos en los malos ejemplos que nos diera la URSS boicoteando otras competiciones, porque los malos ejemplos no deben seguirse, sino erradicarlos, y no ponernos a su nivel, a su escasa altura. Precisamente no imitar esos ejemplos servirá de mayor baldón para quien los dio: y de ejemplo para otras veces, si tienen dignidad. Y en última instancia, que las grandes potencias olímpicas nos dejen en paz y decisión a las pequeñas naciones, pues con el simple hecho de no presentarse ellas, está hecho el boicot a los Juegos. Claro que algún castizo piensa que a ver si nadie quiere acudir y nos vamos a tener que traer los españoles todas las medallas. Sería la gran ocasión de tener en nuestra vitrina tan codiciados galardones. De otro modo sería difícil. ¿Y qué ocurriría si la URSS en el último momento abandona Afganistán? Burla y ridículo para las naciones que pregonaron el boicot, ya sin tiempo para reorganizarse y acudir.

Los Juegos siempre fueron vínculo de unión. Si entonces se proclamaba la tregua sagrada y cesaban las hostilidades, que ahora para inri de los que no la acatan, acudamos a ellos, a pesar de todo. Que las medallas que se impongan recuerden

aquellas coronas de olivo, símbolo de la paz que el pueblo histrión y anfitrión no ha querido ofrecer. Sólo los hombres libres podían participar en las competiciones. Pues hagámoslo saber así a Rusia. Que sólo la libertad participa. Y no nos abstengamos como si fuéramos esclavos.

También es verdad que el Estado griego que se atrevía a violar la tregua era fuertemente sancionado. Pero hoy día basta a ese Estado la deshonra de violar la paz.

Y tampoco es solución para el futuro una sede permanente de las Olimpíadas en Grecia, pues también este país en algún momento puede acarrear situaciones críticas, amén de intereses económicos que la harían inviable: y siempre decairía el aliciente y la novedad que supone un nuevo escenario cada cuatro años, un mayor estímulo y superación de las naciones organizadoras.

Y no caigamos en el absurdo de unos Juegos paralelos. Serían la puntilla de este toro desbocado, resabiado, maltrecho y con querencias en que nos quieren convertir los Juegos.

Debe acudirse a los Juegos, en primer lugar, por respeto a la Carta Olímpica, que señala la no interferencia de motivos de raza, religión, lengua o política.

Debe acudirse a los Juegos porque todo el esfuerzo de la juventud, la energía e interés empleados a través de la historia desde Grecia hasta nuestros días, son patrimonio de la Humanidad, gozo y esplendor de la raza humana, éxitos compartidos del planeta Tierra y del hermano hombre. No se puede quebrar la gran ilusión del mundo y, sobre todo, del mundo joven del mundo entero. Ellos tienen derecho a esa ilusión, una de las pocas cosas que les va quedando y para colmo se la quieren arrebatar. Es un derecho de la juventud y no hay derecho internacional a que los adultos se la birlen. Es una exigencia del mundo contemplar la exaltación de la belleza corporal, el arte del deporte, un ideal y un anhelo.

Hagamos honor a las palabras del restaurador de los Juegos Olímpicos modernos, el francés Coubertein, de que «ayuden a crear, trabajando sin descanso, tiempos más pacíficos». Que las tres palabras latinas - *citius, altius, fortius* - que ondean en su bandera columpiándose entre los cinco aros entrelazados representando los cinco continentes, sean el símbolo de unión y concordia que deben presidir los Juegos Olímpicos que ir «más deprisa, más arriba y más fuerte» en busca de la paza, de la amistad y del respeto mutuo. Y que la *Canción de la alegría* de Schiller con música de Beethoven sea la cadencia ilusionada en el preliminar desfile multicolor de Olimpia XXII Moscú 1980.

MUÑECA A NEKANE

Aún colea el viaje de la Reina a Euzkadi. La prensa y los políticos lo ponen como

espejo en que se miren otros. La guadaña detonadora segó la hierba verde y quedaron esparcidas las trojes inútiles. En un instante relámpago entró en sazón el racimo agraz de niños boquiabiertos. Como fuego artificial de añitos se desparramó la escuela en color de luto. Y en ese mismo instante la Reina, mujer herida, voló junto al dolor. Emulando el perfil trágico de sus mayores, aquellas reinas que marcaban en el teatro el rictus de sus rostros, envueltas en el himatión del destino, sin encomendarse al protocolo ni casi a su señor, el estruendo que aún resonaba en sus oídos aceleraba su corazón de madre, pensando en otras mujeres, madres como ella. Hierática, su bello cuello de cisne y su figura esbelta, blanco irrepitible, se presentó de improviso en tierra tabú para otras instancias. Recorrió valiente y decidida, como corresponde a la raza que inventó la tragedia, el patetismo de los depósitos funerarios, tiernos cuerpos con la lección aún no aprendida entre los labios de que España no limita al sur de su pueblo sino que es su pueblo como es su Reina, con sus ojazos aún abiertos de estupor, yertos y transparentes como jade, allí estaba ahogado su cuello de cisne por el sollozo contenido. Y de allí al Hospital donde otras vidas infantiles esquivaron el filo de la muerte, al sesgo sus cárdenas carnes de violeta. Y ella pasa entre las camas y llega a Nekane, la niña que aquel día cumplía los seis años de una vida ya amapola. Y porque entonces no tuvo a mano, la Reina de vuelta a su palacio recordó el cumpleaños apenas tronchado de Nekane y, como un símbolo para su pueblo, le envió una muñeca, juguete de ilusión y cariño, de vida y no de muerte como la que agobia y borbotea en su país. Y así la muñeca a Nekane fue verdaderamente un regalo de Reyes anticipado que la Reina ofreció en homenaje y esperanza a Euzkadi entera, la bien amada por dolorida.

LOS PASTORES DE BELEN Y LEDESMA

A una hora escasa de nuestra ciudad, callejuelas San Frontis arriba y en lo alto, desviación a la izquierda de la carretera a Bermillo de Sayago, serpea la que nos lleva a la villa salmantina de Ledesma, «la bien murada -según Eugenio Montes-, un hermoso pueblo que a la tierra salmanticense se le quedó olvidado por la raya de Zamora, allí cerca de donde, embozándose de Duero, el Tormes se mete de contrabando en Portugal».

Hace unos años - con ocasión del remozamiento total de la iglesia del arrabal de Los Mesones - se redescubrió una arqueta que contenía restos humanos. Entre éstos apareció un papel escrito a imprenta y recortado en sardinetas con la siguiente leyenda literal:

DE LOS GLORIOSOS

IOSEPHO, ISACIO, Y IACOBO
 PASTORES DE BELEN, QVE MERECIE
 ron ver, y adorar los primeros a Chrifto
 Dios, y hombre recién nacido en
 el Portal.

¿Cuál es la verdadera historia de esta tradición hasta nuestros días, por la que los restos de los tres pastores de Belén hayan podido llegar hasta Ledesma? Revolviendo mamotretos y revisando cuentas de fábrica encontré un inventario del año 1890 de la iglesia de San Pedro y San Fernando, donde fue hallada la arqueta, en el que se le: «Un arca forrada de badana y claveteada donde se hallan, según dicen, los huesos de los pastores de Belén: tiene una cerradura y está colocada en una ventana del Altar Mayor, detrás de la mesa del mismo: fue trasladada de la iglesia de San Pedro a ésta por mandato de S. S.I. 19 junio de 1864». Este es exacto el lugar donde apareció la arqueta. En las cuentas de fábrica de 1864 aparece lo siguiente: «Por la traslación de los huesos que, se dice, son de los santos pastores y su colocación en el Altar Mayor de la iglesia de Los Mesones = 16 reales».

La iglesia de San Pedro estaba situada en la villa y juntamente con las de San Martín y Santiago fueron cerradas al culto por el año 1841 por orden eclesiástica y debido a la mengua de población. En compensación y aprovechando incluso las viejas piedras del convento de San Francisco - de los Mártires de Ledesma -, se construye en el arrabal de Los Mesones la iglesia de San Pedro y San Fernando. Todo esto puede leerse en cartas cruzadas en aquel tiempo entre el Obispado de Salamanca y el Ayuntamiento de Ledesma.

En un libro de cuentas de la iglesia de San Pedro del año 1786 aparece un escrito referente a la visita pastoral del señor obispo de la diócesis a dicha iglesia y en el que se hace mención al reconocimiento de los huesos dentro de la arqueta y fuera de ella, detallando cada uno de ellos y que coinciden exactamente con los hallados y demás objetos: «Una cabeza entera; media hecha tres cascós; cuatro huesos grandes de canillas; diez pedazos de calavera; veinticuatro costillas y una mandíbula; catorce huesos medianos; quince de espinazo; siete pedazos pequeños de cuero; dos pedazos pequeños que parecen corteza de árbol; tres pedacitos de lienzo; una cuchara pequeña de palo quebrada por el cabo; un pedacito de hueso liado en un papel pequeño; otro más pequeño liado en otro papel sin rótulo... unas tijeras grandes; un papelito con la inscripción anterior». A continuación hace referencia a este mismo tema de las reliquias de los pastores en una anterior visita episcopal

en 1755. Y al final manda el señor obispo que se conserven estos huesos y demás en el mismo depósito con las cuatro llaves (tres de la rejilla aparecida y la otra de la arqueta) hasta que se tome otra resolución, pero sin darles culto, y distribuye las llaves quedándose él con una; otra ordena que se entregue al regidor decano de la villa; otra, al abad de la clerecía y la otra, al beneficiado de la parroquia de San Pedro.

En este mismo libro de cuentas aparecen escritas al comienzo las siguientes líneas: «Los tres Paftores que saludaron al Niño Dios recién nacido, se llamaron Jacob, Issaac y Joseph. De la Torre de Adòr fueron trasladados sus cuerpos a Gerusalén, y de efta a Ledesma cerca de Salamanca donde oy eftan. Vid. Causino Tom. 4. Lib. 4. ephemer. Hift. Mens. Decembris. folio 281. Efte Lib. Eftá en la Librería de S. Antonio de Texeda».

Ahondando más en tiempos pretéritos, leemos un artículo publicado en el periódico *Euskara*, de San Sebastián, en 1871, donde se refiere toda la posible historia de las reliquias de los santos pastores en esta villa de Ledesma. El articulista, Antonio Bernal de O. Reilly, visita en Palestina con su amigo arqueólogo, Guarmani, el lugar conocido con el nombre de Migdal-Eder. *Migd-ale* es una palabra hebrea que significa *torre* o *castillo*, traducido en griego *pyrgos poimniou* por Los Setenta y en latín *turris gregis* por la Vulgata, *Torre del rebaño*. Que de esta Torre de Ader fueron trasladados a Jerusalén lo escribe Julián Pérez: «Nunc florent Bletissae (en Ledesma) prope Salmanticam tres Sancti Pastores traslati ex turre Ader Hierosolymam (a Jerusalén): inde (de allí) Bletissam (a Ledesma) in Hispanis... post annum 900 (después del año 900)»: y así lo confirma Haymo Episcopus asegurando que en su tiempo (año 850) los cuerpos estaban aún en sus sepulcros. Y Remigio Noydens, a su vez, dice: «Ilustran esta villa (Ledesma) los cuerpos de J.I. y J., naturales de Nazaret: pastores que adoraron a Cristo nuestro Redentor... y llevados a Jerusalén se trasladaron aquí».

Que los pastores eran tres nos lo dicen Flavio Lucio Dextro, en 430: «Tribus Pastoribus qui fuerunt Sancti primum ostenditur»; Tomás Tamayo de Vargas (L. Dextro defendido nov./3 fol. 14) añade: «Fueron tres y tuvieron iglesia consagrada a su nombre»; S. Arculfo, peregrino en 670, hace auténticas las dos declaraciones por las siguientes palabras: «Trium horum Pastorum in ecclesia tria frequentavi monumenta (visité en la iglesia los tres sepulcros de estos tres pastores)». Y el Venerable Beda, que escribía a principios del siglo VIII, cita: «Segregata est ecclesia Trium Pastorum divinae nativitatís consciorum monumenta continens (aparte está la iglesia que contiene los sepulcros de los tres pastores sabedores del divino nacimiento)».

Tal es el reencuentro de unas reliquias traídas a España y referidas a Ledesma a lo largo de los siglos por docenas de escritores e historiadores. Quizá fueron el

sagrado trofeo de algún cruzado ledesmino y no simplemente el recuerdo de una cofradía que llevara el nombre de los santos pastores ni la impregnación histórica con otros dos santos pastores ledesminos del siglo XIII o XIV a cuya muerte repicaron solas las campanas de la iglesia de Santa Elena; porque, en otro caso, estarían de más los restos de cuya existencia se conservan datos muy anteriores a esa época. Si es verdad que el río de nuestra era viene sonando con estas tradiciones, no hay duda de que puede llevar agua de autenticidad. De todos modos, cuán lógico sería que los pastores que merecieron ver con sus ojos humildes la gloria de Belén, hallaran también para sus cuerpos la sencillez de esta bucólica villa de Ledesma en que aún vigila su sueño el mastín y no osa balar el cordero ni silbar el rabadán por no turbar su polvo enamorado.

SIMPATIA

Con esta palabra de origen griego, transcrita *compasión* en nuestro idioma, compartimos el dolor de la Reina.

Con poco más de un mes de distancia la madre reclama a la hija. La princesa Victoria Luisa muere en diciembre pasado en Hannover (Alemania) y ahora la acompaña su hija la reina Federica de Grecia. A la Abuela y la madre de nuestra Sofía les fue breve la espera, cuando apenas los dedos de sus manos enlazadas se despedían como flecos del alma aún caliente, última lección de amor de familia, de nostalgia filial. No porque escribieran sus *memorias* nosotros las olvidáreamos. Como tampoco olvidamos a nuestra Reina en este paso amargo, en este trago que no pasa y que anuda la garganta y no acepta lo humano ni divino. Pésame a la Reina, herida ya de tantos pesares, que el camino de reyes si es de rosas, tanto más de espinas. Y es que hay familias que parece que el destino las troquela, como si de verdad no pudieran orillarse del sino, porque las marcó su propia tierra helena.

Sexagenaria como el rey Pablo -su *Palo* entrañable- se ha ido la reina madre Federica cuando estaba entre los suyos, como fue siempre su norte. Y Grecia, reconocida y gentil, no le regatea ahora yacer junto al esposo en el palacio de Tatoi; la Hélade que siempre tuvo a sagrado el don de hospitalidad.

Esta mujer enérgica, inteligente, vivaracha y viva, husmeadora de la verdad, sencilla con su pueblo, recorredora de sus pueblos, con aire de aldeana, inquisidora del más allá, casi panteísta, profundamente religiosa, acogida en el seno del Padre. Como avecilla que busca el nido de la sangre, se nos presentaba de improviso hogareña con los suyos hasta hace escasas horas como aya de sus nietos, institutriz que los acompaña cuando faltan los padres y hay que ir a recibirlos en el aeropuerto de Barajas, para limar aristas y suplir el calor que escaseara en otras tierras recias.

Pésame a nuestra Reina por este dechado de madre que se fue a la espera, al seno

divino unamuniano que tan hondamente anhelara. Acompañamos a la Reina en estos momentos agrios, los más culmen de una vida, cuando sin duda por su mente clara han de pasar tantos años junto a ella, difíciles, en el exilio lejano de la patria, cruzados sus ojos por ráfagas de guerras mundiales y civiles, hasta llegar a este nuestro solar que por trágico y chirriante se creyó en el suyo. Horas amargas para ella, de agobio por tantos problemas de nuestra España, la Reina otrora pronta en acudir al dolor ajeno: su sencillez y dignidad, su solera de siempre, aupada por su entereza, que parece mentira que esta alta torre de marfil no se desmorone ante tanto claveteo.

Pésame a la Reina ante tanto dolor externo e íntimo, que se diría y se pensara que dónde se habría metido, entre un pueblo acogedor pero que rasga, valiente y echado al monte, uocinglero por noble y que es capaz de hacer de un bombardeo una obra de arte y de una visita real, la sirle y el regüeldo de España.

Consuelo a la Reina Sofía, vidriados recién sus ojos al sol de Grecia donde depositó filial y emocionada la dormición de su madre Federica, estremecida la tierra a su contacto, reina de los helenos, los amantes de Tatoi.

La Reina está triste y nuestra simpatía es por ella.

EL AJEDREZ

Lo llamamos también *juego de reyes*, porque su figura imprescindible es el rey. Cuando él cae, la partida ha terminado. Su fin arrastra consigo todas las demás fichas. En su supervivencia le ayuda de un modo extraordinario la reina, de manera que su campo de acción, sus maniobras y movimientos, son casi ilimitados. Su pérdida resulta catastrófica. Se dirían invertidos los papeles de una batalla medieval. Aquí la reina recorre el campo de batalla y es el rey el que se queda en palacio, dando, a lo más, algunos paseos cortos - de casilla en casilla-.

El nombre de ajedrez es de origen árabe, aunque su invento se sitúe en la India. Bien mirado, el ajedrez es un campo de fragor silencioso donde se enfrentan dos ejércitos reales, lucha entre caballeros. Su tropas las constituyen las piezas o fichas. Marcha por delante la infantería -los peones- que con la caballería deben abrir fuego y saltar por entre las posiciones enemigas. Un poco rezagadas se mantiene la nobleza - los alfiles-, una especie de retaguardia que se mueve en diagonal, cortando como cuchillos afilados a modo de artillería pesada lanzando sus ataques a escondidas, en lontananza, un poco por sorpresa y a traición. Hasta los finales de partida las torres deben permanecer bien vigilantes, inmóviles, para una vez despejado el campo comenzar la destrucción total, el arrase inmisericorde, algo así como una división acorazada. Su valor equivale a un carro de combate. El *quid* de los primeros escarceos - como cualesquiera otros, sean amorosos o políticos - consiste en ocupar el centro.

Pues bien, todos estos dispositivos estratégicos están adoptando estos días en Merano (Italia) esos dos colosos del ajedrez, rusos de nacimiento, Karpov - mitad ardilla finlandesa - y Korchnoi - flemático como un buda - sentados ante un tablero horas y horas descifrando el busilis de este juego - demasiado para juego - o de esta ciencia - escaso para tal -, como dijera Unamuno, y que nosotros consideramos más bien como arte, mezcla de juego y ciencia, con esfuerzo intelectual, sobre todo, en el que el azar juega muy poco. El ajedrez es el juego gimnasta por excelencia de la mente, para mantenerse en forma los trabajadores de la inteligencia y de la memoria y mucho de la voluntad; permanecer fríos ante el peligro o la dificultad y tener a raya los nervios. Su aplicación es el orden, la previsión, la intuición y la elegancia.

Juego de reyes sobre la cuadrícula de España con un Rey prudente que no se sale de sus casillas: con una Reina serena y decidida que acude a los flancos que flaquean por más débiles y que le regalan precisamente una mesa de ajedrez salida de sus manos: atónita dama ante este pueblo luchador y sacrificado que se queda como ella ante un 23-F o resignado o cabizbajo ante lo que creía una balsa de aceite y ha resultado de colza, charca de áspides, esperpentos marginados de este torneo por la democracia. Los partidos políticos serían los alfiles, cada uno de su color, siempre a la expectativa por si se clarifica el campo, trascendiendo mezquindades y pensando que la partida se gana o se pierde todos juntos y a veces es necesario sacrificar una pieza por ganar posición, que al fin y al cabo a eso se reduce una partida entre jugadores de un alto nivel de calidad o que conocen el juego suficientemente. *Capturar al paso* es una jugada especial de los peones o pueblo, que consiste en variar la trayectoria de su camino para ladearse a un lado u otro según sus conveniencias, aviso de navegantes que deben tener muy en cuenta los alfiles o partidos políticos. La fortaleza militar de las torres o roques debe mantenerse inalterada, impávida, desde el comienzo hasta el final de la partida, en un democrático *enroque* - jugada muy útil en que se mueven al unísono rey y torre bajo condiciones prescritas -, en busca de la consolidación y equilibrio de juego, sólo atenta a una señal de los peones, de los alfiles y del rey. Y de este modo ganaremos entre todos la partida del ajedrez nacional, juego de cabeza, de mucho sentido común, todo en un engranaje perfecto sin máquinas electrónicas, todas las piezas solidarias, todo un equipo compacto y sin jaques, sobre este tablero de España de escaques polícromos.

JAQUE AL REY

Parece ser que *jaque* coincide con la palabra persa *sah* o *sha* (rey); de donde se deduce que el mismo vocablo *rey* conlleva el trance de estar en peligro o amenaza, pues esto es lo que realmente significamos cuando en nuestro juego del ajedrez

decimos jaque al rey. En este juego tan culto y disciplinado, tan ejemplo vivo del Estado, de la vida personal y social - lid, al fin y al cabo -, existe una jerarquía cuya cabeza visible es el rey. Su función es puramente defensiva. Lo mismo casi que en la Constitución. Pero no más prerrogativas, que así es la rosa. Con ellas, con las que tiene, le basta y ha bastado que no es más que poder y prestigio, ganados a pulso desde el primer Gobierno hasta el bochorno de Guernica y las mismas actuales. Sus movimientos en el ajedrez no van más allá de la casilla contigua: su poder es, pues, limitado, pero imprescindible su estar, a diferencia de las demás piezas.

Cada vez que el jugador de ajedrez dirige su afilado lance contra el rey del adversario tiene la obligación de avisar del peligro que corre el rey, el deber honroso de no capturarlo a traición como a una democracia cualquiera. Jamás puede darse mayor lealtad y nobleza en un juego que previene al enemigo de la amenaza. En ese momento es cuando se oye la premonición de *jaque al rey*. Es el culmen de la elegancia, de la deferencia al rey. Pero si es la reina la que corre tal peligro, no se está en la obligación de avisar, a no ser que entre amigos se haya acordado de antemano o simplemente por gentileza a tal dama. Y es entonces precisamente cuando todas las piezas del tablero se disponen a prestar ayudas a sus reyes o, más concretamente, al rey. Para evitarle el jaque para defenderlo o cubrirlo de la amenaza, es capaz cualquier ficha de sacrificarse por él, interceptar la trayectoria enemiga muriendo o matando. Si el rey comprende que no es necesario tal sacrificio o empleo de la fuerza, él mismo cambia de posición, amaga una jugada política - si se lo permiten las fuerzas democráticas y leales a la Constitución - hasta esquivar el peligro y aquí no ha pasado nada. Y sigue la partida normal, el disfrute, la vida nacional. Pero si se invoca el nombre del rey en *raro* y algunos tratan de jaquearlo interesadamente, puede que se desmorone todo el tablero, el arco o cúpula de las instituciones cuya piedra angular es la Corona. Y se acabará la partida entre los dos contendientes, no entre las dos Españas, sino una sola que se divierte y lucha por permanecer unida.

Otra de las variantes del jaque al rey es el llamado *jaque continuo*, en el que el rey no puede evitar el acoso enemigo y se ve obligado a ceder unas tablas, un empate. El jaque continuo suele darlo el jugador que teme perder la partida y se halla en situación de inferioridad moral o material. Claro que entonces es cuando más presume de haber igualado una partida que de todos modos tenía perdida de antemano. Contra esos arribistas hay que jugar el torneo de la democracia, contra esos acomplejados de derrota moral, y no permitirles que tengan en jaque a la Nación. Una partida así no tiene razón ni aliciente. Hay que empezar una nueva y librar al rey del jaque continuo de esos gafes y tufillas, de esos incordiantes, quisquillas y rezongones que no dejan jugar a gusto

LOS VALORES

El hombre, lógicamente, cuando se detuvo a pensar en algo, en lo primero en que cayó en la cuenta fue en el mundo que le rodeaba, el mundo exterior. Para esto tan sencillo como es, observar la circunstancia personal, tuvieron que pasar muchísimos siglos y fueron los filósofos griegos los que empezaron a cavilar sobre el origen del mundo, de las cosas circundantes. Más adelante, a la vez que se profundizaba en la solución de esos problemas, se iba como adelgazando el pensamiento, hilando alrededor de una rueca, que resultó ser el gran descubrimiento de Platón, el mundo de las ideas, en torno a las cuales se enroscan las cosas de este mundo. La rueca giraba a la par que el mundo exterior al hombre, casi con existencia real, colocado por el demiurgo en el cosmos, esfera en que se reflejaban los objetos, pero que estaban allí tan reales como sus reflejos. El mundo ideal era el modelo; las copias de este mundo real resultaban ser las cosas.

Una vez descubiertos ambos mundos, *real e ideal*, se encontró el íntimo, el propiamente humano, con sus sentimientos de alegría y dolor, de fe y de esperanza, de emociones, el mundo psíquico, en una palabra.

Pero los hombres siguen pensando, no se contentan con los hallazgos habidos en esto que hemos dado en llamar filosofía. Y como por un agujero, una hendidura, introducen su afilado cerebro y abren y ponen al descubierto un nuevo mundo que, si no roza lo filosófico, al menos está en sus aledaños: los *valores* de las cosas.

El valor no lo poseen las cosas de por sí, sino que éstas lo adquieren gracias a su relación con el hombre. Pero las cosas, a su vez, sólo pueden ser valiosas cuando están dotadas efectivamente de ciertas propiedades objetivas. El valor radica en el objeto y esas cualidades valiosas, al ser aprehendidas por el sujeto, lo *motivan*, y esa *relación* completa, trasciende y define el significado que damos a los valores.

Ni que decir tiene que estas cualidades o valores exigen un orden, una escala o tabla, porque de ningún modo pueden ser iguales en su validez y unos serán anteriores y otros posteriores, unos sublimes y otros ínfimos. Cada valor posee un rango especial o jerarquía que lo sitúa en un determinado grado en el conjunto de valores. No todos los valores pueden tener la misma categoría, la misma preferencia. Y según esa jerarquía los valores se clasifican en materiales –sensoriales y vitales– y espirituales –ideales y religiosos–.

Entre los sensoriales contamos con los valores de la *vista*, sin duda el principal, pues por él podemos tener una gozada boquiabiertos ante la tele, viendo la cabeza mussoliniana de J.R. cuadrículada como su corazón, cínico con su andar desencuadrado y sus intenciones viperinas; disfrutar de la presencia hurí de Charo López con su línea ondulante e hipocorística, gozos y sombras de su cuerpo;

o con los partidos de fútbol mundialistas, que se nos echan encima con la delicia de un regate de Maradona que nos deja de un corte, o con un pase torero en cámara lenta, plasticidad del ballet de la razón y sinrazón; los colores, el paisaje bello de una mujer en el paisaje. Por el *oído* –y por la vista– se motivan las niñas *fans* de Miguel Bosé y los jóvenes con el rock de Miguel Ríos y adjetivan a la ministra con lo que nunca podrá tener y los mayores languidecen en brazos del tango con el sonido de fondo trágico de las Malvinas. Por el *gusto* alguien sueña merendolas a orillas del Tera de finas truchas o remata la cita con unos *caprichos de reina*. Por el *olor* anda todo el día suelto el corazón por el perfume de la amada y brincan los ojos porque huele bien el campo en primavera y las plantas de la casa aroman el ambiente. Por el *tacto* el amor está en el beso y no en el labio y el agua y un niño son más que terciopelo.

Si pasamos a los valores vitales, a ellos podríamos reducir los útiles y, sobre todo, la salud, la familia, la economía, la vida, en fin, peana *sine qua non* para asentar los sensoriales y caer en el consumismo; los valores económicos, pragmáticos y hedonistas, son los privativos en la sociedad y que, a pesar de ser un paso ascendente, se consideran como un medio para conseguir los sensoriales, es decir, para descender en la escala de valores. No hay duda de que la vida es el valor humano fundamental, la fuerza del instinto de conservarla, de perpetuarla. Es el mejor juguete que Dios puso en nuestras manos y al que aplicó la cuerda mecánica del amor. ¡Ay del día en que se rompa esta cuerda, a dónde irá el juguete!.

Trasparamos la linde de lo material para entrar en el mundo del espíritu, exclusivo del hombre. Y aquí se nos agolpan las ideas, los conceptos y valores por antonomasia. Justicia, dignidad, libertad, cultura, amistad, belleza, amor, paz. Son valores tan claros, tan imprescindibles, que hasta se firmó una Declaración en que se recogen la mayor parte como derechos del hombre. La *paz*, que para hilarla tendrían que dar vellones las alas de los ángeles. El *amor*, el santuario que comienza en la celda de la *amistad* y se esfuma, a veces, por el postigo del me eres indiferente, inverosímil y hasta incluso. La *belleza* que para hacerse presente tienen que salir de este mundo los poetas y acurrucarse en el regazo de las musas. La *cultura*, el pan necesario de cada día pedido en el Padrenuestro y exigido a gritos a nuestros padres de la patria. *Libertad*, ¿para qué, si no, mi voluntad? *Dignidad* de la persona, ética profesional, que nos la merezcamos. *Justicia*, la primera de las virtudes y sin ella no se hizo nada y todo cuanto se hizo fue por ella y en ella caben todas. Sólo la supera la *caridad*, que es algo así como la justicia trascendida, comida de dioses, de santos y de héroes, el valor supremo. Tal vez falte la justicia en este mundo porque Dios al descansar el séptimo día –en el que estamos– dejó sin rematar la creación. Hasta que no finalice este séptimo día, no devendrá la justicia, es decir, el Juicio Final que, por cierto, aquél sí que será el gran espectáculo del mundo.

La escala de valores se ha ido estilizando como figuras de El Greco hasta alcanzar altura. Como hombres, conformémonos con valorar las cosas en sus términos precisos, no las disloquemos, no saquemos de sus goznes lo que la conciencia humana, lo que el sentido común de los hombres, ha ordenado como prioritario. Dispongamos los valores en el sitio que les corresponde, no los subvirtamos, que nuestra lógica dé prelación a los heroicos, a los religiosos. El valor religioso es el supremo porque él se sacrifica, se ofrece a los otros valores, los convierte de paganos en sagrados, los exalta, los sublima, los considera un medio –áscesis– para unirse a la divinidad –mística–.

Ahora bien, precisamente en esta cualidad jerárquica de los valores reside la dimensión ética, porque la moralidad consiste en que los valores sean apreciados en su objetiva jerarquización. Se comete, pues, una inmoralidad siempre que por la intervención de algún aspecto subjetivo se rompe la jerarquía objetiva del cuadro de valores. Un determinado valor no se da, por otra parte, independiente de los demás valores. La belleza de una catedral gótica no puede separarse del valor religioso que la inspira; la calidad estética de un mueble, de su utilidad; la justicia de una sentencia, de las consecuencias de su aplicación.

En este tráfigo de valores andan metidos los chamarileros ofreciendo baratijas por oro, abalorios por piedras preciosas; el zoco y el rastro son los mercadillos queregonan estentóreos la rifa de valores. De la cortesía, la gentileza, el respeto, la obediencia, la piedad filial, la gratitud, la veneración, la humildad, los modales, la lealtad, valores de convivencia, ¿qué se hicieron? Pero el valor es inmutable y no se cotiza en bolsas extrañas. A la juventud alicaída y sin aliciente hay que convencerla de que el valor no radica en el deseo ni en el interés ni en el agrado, pero hay que explicárselo con el ejemplo, que es la única lección que entienden. El pasotismo no es pasar de todo, sino estar de vuelta de todo sin haber pasado por nada. Eso es lo triste, lo inane de esa postura. El hombre no se realiza con los valores materiales y sólo lo liberan los espirituales y religiosos. Y éstos vienen de tiempos atrás, de nuestros mayores, nos los legó la tradición y han resistido todas las modas y revoluciones, porque son conciencia del mundo y modos inmarcesibles. Ellos tallaron la familia y la educación de los hijos que crecían dentro de un ordenamiento.

Ascendamos, pues, comedidos por la escala de los valores y no la invirtamos. Cuanto más lastre vayamos arrojando por la borda de este mundo, más leve nos será la tierra y más ligero el equipaje, hasta arribar machadiana y ascéticamente desnudos como los hijos de la mar.

ABORTO ETICO

Abortos terapéutico, eugenésico y ético. Si hubiera oído la antigua Grecia los

equilibrios y malabarismos que hubo de hacer la democracia de hoy para eliminar a un ser vivo valiéndose de palabras tan rimbombantes y suyas, que no parece sino que están marcando el paso y a punto de hacer estallar el globo materno, sonreiría de ironía socrática pensando que de buena habían escapado tantos hijos suyos si llegan a encontrarse hoy en el seno de sus madres. Y eso que las susodichas palabrejas significaron otrora y ahora lo contrario de lo que con lo que nos quieren hacer comulgar.

Pero vayamos al ombligo del asunto. Fijémonos por un instante en el último aborto, el ético. Quiere ello decir que con él se pretende corregir un desaguisado o enderezar, torciendo del todo, una violación supuesta –más bien un auténtico supositorio–. Pero a lo que iba, a hacer caer en la cuenta –y no fuera de ella– de que habrá que distinguir en si es femenina o masculina la violación o el forzamiento. (Como vemos, hay para los dos géneros o sexos). Porque por estos andurriales parece ser que es campo único abonado o huerto cerrado de denuncias de damas apetecibles o ultramarinas. Y no es así. Detengámonos y no con morgo en el caso de que el violado, seducido o zarandeado, fuese un *bonhomme*, un algo así a lo José Sacristán, pero en bueno, morenote él, con caída de ojos, flequillo, joven y juncal y deseado por los puntos cardinales. El asalto que haya sufrido, estilo abordaje, sin comerlo ni beberlo, y que su prolongación genética haya surtido efectos, clama a los cielos y a los tribunales. El campo abonado de la sin conciencia lleva en sus entrañas semilla robada con alevosía que fructificará al trescuartos anual. Pero el forzado sembrador no desea tal fruto ni cosecha, se lo han birlado, él quiere el aborto y la tierra madre hasta se atreverá a decir que es suyo también. ¿Cómo va a negarse a devolver lo que no es suyo, porque lo robó? He aquí, pues, que puede presentarse un caso de aborto exigido y deseado y no precisamente por la mujer, sino por un pobre varón al que le dieron el timo de la estampita repetida de sus genes y de cuyas consecuencias él nada quiere saber. ¿Obligaré la ley a esta mujer a abortar, aunque no quiera, porque el violado así lo exige y está en su derecho? Porque, ¿quién se atreve a asegurar que todos los varones –y sus efluvios– no han sido violados y, por ende, puedan hacer la correspondiente denuncia y exigir el aborto a la desalmada? Mucha precaución, digo, con las denuncias femeninas por violación, no siendo que se conviertan más bien y con asiduidad en denuncias masculinas y aborto al canto y a los pechos. En otro caso, ¿cómo iba el pobrecito desvirgado a consentir que un vástago suyo fuera a parar a manos de sabe Dios qué madre, parientes o trotamundos? Y eso si no le hacen al infeliz encima e interior el análisis genético paterno y le endilgan efectos surtidos con menoscabo de su fama y economía. Agucen los políticos su ingenio, porque casos de ingenio pueden darse. Y sería una pena que por una madre bacante y un padre desprevenido, vaya al cubo de la basura un ser palpitante desperdiciado como un gatito arrancado del regazo de su ama y arrojado a los perros, o un simple pajarito entre las fauces del gato, o meramente un arbolillo

trinchado muy de madrugada por unos gamberretes a la hora de la resaca. Nunca fue mayor el grito y el desgarró de la naturaleza por algo que tuvo vida y canción, sombra y savia, y quedó como un muñón al aire clamando a la lesa Humanidad.

ASCÉTICA DE LA MONARQUÍA

Ascética significa ejercicio, práctica, y así lo viene haciendo nuestro Rey Juan Carlos desde su proclamación, a pesar de los pesares y aunque el tiempo marque en él señales que lo maduran más precipitadamente que la edad. Vayan como ralenti estas líneas de felicitación en su onomástica y ayudemos a este señor de bonhomía que acunó y meció con delicadeza a una enclenque nena llamada democracia, que a sus casi ocho años aún necesita de cuidado, mohína y asustadiza ella, y con razón, magrita y escurrida, que no sabemos si va para minifaldera, rolliza, jamona o fondona. El caso es que ahí está este buen hombre, campechano de abolengo, con el peso de la púrpura y el armiño –es un decir–, porque ni él ni la reina se lo han puesto, ni saben lo que son manto real ni la corona ni el trono del Palacio Real de Oriente. Así van de sencillos por la vida, que ni una fotografía con los atributos reales conocen los españoles.

No hay duda de que democráticamente todo poder e instituciones dimanan del pueblo. Pero tratándose de la monárquica –y así lo vemos en otros países y en el nuestro–, cuando se llevan a cabo elecciones, *referenda*, plebiscitos o votaciones, aun sobre temas capitales como puedan ser unas elecciones generales o un problema concreto, la monarquía está por encima de ello, no en el sentido de que no le preocupe, le interese o se desmarque, sino en que está al margen, hasta el punto de que la familia real no vota ni se decanta por una opción singular, sino que acepta la mayoría y la plural.

La utilidad de la institución monárquica estriba en su equilibrio, en su apartidismo –no puede ser parte lo que es un todo y en ella caben todos los partidos que conforman el Estado–, en su arbitraje, en su moderación, como garantía de democracia. Y ese valor y servidumbre los ha proclamado el plebiscito de la historia y la política de los hombres a través de las épocas, desde el embrión y formación de las nacionalidades hasta nuestros días.

La soberanía reside en el pueblo. Claro que sí y el rey es pueblo y está al frente de su pueblo, que es quien lo aclama y, por tanto, con votación de mayoría, que de esa guisa es la aclamación. Y él será el primero en desistir si atisba que ese pueblo del que forma parte no lo prefiere de cabeza, presidiendo, y sí solo colaborando con la fuerza que da el exilio o el prestigio en su patria. Si urge la realización de la Constitución es que conviene llevarla adelante con el rey y con el pueblo. Si la Constitución es monárquica –y lo es–, que no nos vengán ahora removiendo el caldo algunos resentidos, pues hasta en unas elecciones los que votan a un partido

no asumen ni aprueban por entero todo su programa electoral. Pero no cabe otra solución. Un programa electoral es una lista cerrada, quiérase o no.

La Corona es una abstracción y, por ende, no puede estar sujeta al vaivén de los partidos, a sus alternancias, trasciende la mera política. La monarquía pasa de todos los avatares políticos y queda incólume, pues su meollo, su *quid* incuestionable y esencial, es su equidad y su sanción, su intemporalidad y hasta su impersonalidad, su continuidad, en resumen.

¿Puede decirse de alguna otra institución que posea una función tan moderadora como la suya, cuya independencia esté asegurada por el poder que se le otorga –y no más–, que no albergue ninguna ambición y que se deba a todos y no a grupos? Su autoridad y fuerza reside en el pueblo –y como paradoja republicana– en el partido democrático hoy en el poder, porque éste descubrió a tiempo su valimiento en el preciso y oportuno momento que le ofrendaron trágicas circunstancias, y en el Ejército, al que pertenece y del que es jefe supremo, dos pilares, amén de otras vigas maestras, que sostienen, aceptan y comprenden su función para bien de todos los españoles. Si pretendemos que asiente la democracia, hagamos que estas dos coordenadas encardinen, posen y apoyen esa piedra angular que significa la monarquía; de todos es sabido que la Corona, hoy por hoy, es la que está sosteniendo, alentando con su ascética, equilibrando, este castillo de naipes que representa la actual situación y sociedad. Apoyemos este esfuerzo, aunque nada más sea por egoísmo propio, por que no se inanice tanta energía, por que la democracia no se nos derrumbe.

AFRODITA 83

Del cangilón en el fondo de la noria nos viene la moda del *top-less*, desde la mujer torera y diosa de las serpientes en la época minoica con los senos al aire, desparramados cervatillos sorprendidos al viento; desde la Artemis cazadora al descubierto el pecho como reclamo de la víctima, pasando por la insuperable descripción del *Cantar de los cantares* –gacelas asustadizas y juguetonas–, hasta el concurso de «Miss Pechinas 83» en las soleadas aguas de Torremolinos.

Las había de todos los colores. Blancas como leche derramada, merengues, suflés con canela en la cumbre, tazones de nácar, temblorosas como flanes a la menor brisa marina; rosas, como manojo de adelfas y puñado de azaleas; bronceadas y morenas, como té al atardecer, ébanos adolescentes a punto de caramelo.

Las había de todos los tamaños y formas. Grandes y pechugonas, como cúpulas de Santa Sofía constantinopolitana. Pequeñitos y vivarachos, saltarines como pelotitas de niño. Menudos, diminutos y recortados limones del Caribe. Orejitas como caracolas sonoras, pichoncitos acurrucados. Respingones y abatidos, tristes

como de mal de olivo, ni de derechas ni de izquierdas, al frente, de centro, picudos, cornetes desafiantes al menor descuido. Los había gordinflones y exuberantes, como globos hinchados, inflados como mofletes de niño ventruado. Rebosantes, casi puerperales. Colgantes como pingajos, lejos de labios succionadores; ubres como de loba capitolina o dueñas de matrona romana, de masajes tortilleros que, al tenderse sobre la abrasada arena, no parecían sino huevos escarchados que, a fuer de derretirse, se derramaban flácidos y fofos como chorreras por los costados, picachos níveos y altivos, desmoronados. Los había macizos, rotundos, prietos y duros, perfectos de terciopelo, que emulaban esculturas griegas, Afroditas del canon clásico, orgullosas y provocativas, seguras de su exhibición, bellas y frescas, en suma, chorreantes del agua salada que se vertía por sus ondulaciones. Eran Venus que proclamaban a los cuatro vientos que en la mansión de Eros lo que no es belleza es pornografía.

Estaban al destete, al despechugue, como paniscos al acecho de ojos avizores, los estetas, despiertos y absorbidos, al mismo tiempo, de visión, si no beatífica, sí parecidos de fuera de este mundo. Y es que al salir del baño la muchacha, tal el cuerpo de Afrodita naciendo de la espuma del mar Egeo aparecida en la Costa del Sol.

DEL BIEN HABLAR

No me refiero al arte de la oratoria, a los discursos electrizantes de los políticos que encandilaban a las masas, ni a los predicadores del púlpito, grandilocuentes y embalsamadores que arrobaban las almas hasta el séptimo cielo, ni a los generales que disponían las tropas al combate y a la muerte como quien se despertara en brazos de las huríes; no hablo de la charla amena, florida y plástica, ni de la conferencia docta y brillante; no trato del mitin, del sermón ni de la arenga, paraísos perdidos de un género literario, ni del hablar bien, sino del bien hablar, que no cuesta nada.

Es una pejiuguera tener que tratar con personas que no saben decir dos palabras sin soltar un taco. Es como si fueran por la vida cojeando, con esas muletillas donde apoyarse y que tanto deforman la imagen. Son los arrabaleros de la ciudad limpia y urbanizada, chabacanos de la palabra, cortos de entendimiento, que al no tener a mano una idea recta y decente, devuelven el primer improperio que se les viene a la boca. Son los vocablos malsonantes y normales de las gentes y regiones, por lo general, más atrasadas. Dime cómo hablas y te diré quién eres, sabré de tu educación y nivel cultural. Van por la vida como carreteros –cocheros, conductores o chóferes– que sólo hablaran con jumentos, verdularios zarrapastrosos, barriobajeros (sin ofender a la periferia), lenguaje soez y denigrante, grosero y deslenguado, que

acusa la brevedad mental. Cuando la idea no está clara, surge la palabra zafia, encharcada y de regato. Y no nos vengan los literatos de pacotilla con que un taco a propósito, oportuno y en sazón, vale por una definición. Tan difícil es acertar como colocar a la imagen de un santo la cabeza acartonada de un esbirro; tendría que caer y brillar como un diamante en la corona artística de la prosa. Y el taco es muy difícil de incrustar perfectamente. Los tacos sólo son para diccionarios secretos, tal vez para la palabra escrita –y nunca en verso–, pero no para dicho en público, que así es y está la perla. Disimula con la palma de la mano ante la boca para que no te raseen con el eructo de Sancho; y hay muchos altos cargos y entes que se creen Quijotes y no pasan de escuderos. Y no digamos nada de películas y obras de teatro, voces tan empleadas fuera del tiesto, tan forzadas y detonantes, tan a despropósito y destiempo y nunca a cuento, que suenan a cajas destempladas, palabros escatológicos, demagogia y prurito *snob* y pendular. No son de recibo, disparatan su bastardía de ideas.

Y qué vamos a decir si del taco se pasa a la blasfemia; sería como un trallazo en la parte más delicada e íntima del creyente. Y, sin embargo, hay bocas como destrales, que bajan los santos del cielo y no precisamente para impetrar lluvia. No se necesitan agallas y redaños para lanzar una procacidad o vomitar sapos y culebras. Juramentos, palabrotas y votos, bastan con los de Bríos y el Chápiro.

Por todo ello y por propia dignidad, enviemos al ostracismo de la indiferencia a tantos personajes malhablados, seguros de que no saben más. Pensemos que la elegancia personal nace de la limpieza en el hablar; que mucho mejor que mal decir es bendecir y que para lenguaje de urgencia basta con un suspiro, una jaculatoria o un piropo a una hija de Eva que corta el habla. Pero sin tacos, por favor.

CEDROS DEL LIBANO

Corrían los años cuarenta –no mucho, porque el hambre ralentizaba los estómagos y las horas–, cuando surgió a la vida independiente entre vagidos un nuevo Estado, Líbano, casi haciéndole la cesárea a Francia, su nodriza, a resquemor de Turquía, Siria y otras convecinas que veían con pelusilla a la recién llegada, después de que su madre adoptiva había sido vapuleada en la Guerra mundial y recogida, malparada, por la raposa de Inglaterra, como dijera León Felipe. Poco después llegaban a España, a Salamanca, los primeros maronitas a ampliar estudios en la Universidad Pontificia, ellos, los tocayos de Jesús de Nazaret, con sus ojos impresionados de las tierras que los vieran nacer y crecer, Belén y Caná de Galilea, Tiro y Sidón. Y ellos fueron los que divulgaron en nuestro país el juego de voleibol o balón-volea. Así iba a resultar con su nación, siempre sobre la red del abismo sin saber a ciencia cierta de qué parte iba a caer. Y así sigue. Ellos, que eran los

descendientes directos de la antigua Fenicia, se distinguieron rápidamente, pregonando su ascendencia, por el comercio y por las finanzas. La verdad es que, cuando en el abigarrado tablero de ajedrez del Oriente Medio las potencias mundiales quieren introducir a la fuerza un peón de su interés alegando derechos históricos y geográficos, llámense Palestina, Israel, Jordania o Líbano, se ha resentido toda la partida y el juego se ha hecho peligroso. Hachas a diestro y siniestro van derribando el cedro del Líbano, esbelto como el amado de *El cantar de los cantares* salomónico, el árbol de madera resistente y oloroso que adornara el templo de Jerusalén y rivalizaba en aroma con el sándalo y el cinamomo, con el incienso y la mirra. Tal vez asistamos a las penúltimas guerras de religión entrizadas con la política. Cristianos maronitas y falangistas –desde el inicio ostentadores del poder– se han visto desbordados, ahora ya en número, por los musulmanes chiítas y drusos. Lógico es, pues, que se reconviertan las estructuras políticas y se dé participación a los que siempre estuvieron marginados y ahora son mayoría. Si a ello se añade el acecho y las ayudas de incordiantes por ambos lados –occidental e israelí a los cristianos, y Siria y Palestina a los musulmanes–, comprenderemos la gran confusión y desgarró de lo que fuera la Suiza del Mediterráneo oriental. Por eso, segundos fuera, y que con la Constitución de un Estado y elección de un Gobierno democrático, ellos pidan la colaboración que necesiten a quien quieran y cuando quieran.

Volaban los años cincuenta y aún nos parece estar viendo, extasiado ante la fachada de la Universidad salmantina, al presidente libanés Camille Chamoun, relativamente joven y ya con las espaldas encorvadas como un atlante que sostuviera el mundo y no era más que el peso de su patria, preludio de la historia de su pueblo. Aún anda, a su edad y entre bastidores, queriendo dirigir la política del momento. Sus herederos apuran ahora las hieles del caos. Es como si un piso bien amueblado se viera de repente invadido por los vecinos, todos prestos al botón y para colmo la familia que lo habita hiciera otro tanto destrozando muebles, derribando tabiques y, cuando el cielo quede por techo, todos a sus casas, a excepción del dueño, que se verá yacente y arrastrado en el solar que le dejaron. Bachir Gemayel fue víctima del atropello y, como la dinastía Gemayel viene de largo, ahora le toca el turno a su hermano Amín, esa figura joven, enhiesta y elegante, de aspecto serio y sereno a base de acorralado, penúltimo envite entre contrincantes, marioneta de hilos ocultos pero claros, y que hace honor a los suyos por su valor.

Bachir Gemayel, masacres de Shabra y Chatila, *raids* de Israel, azuzamientos, generosidad y hospitalidad a palestinos, éxodo, hachazos todos por derribar y

desguazar al Líbano, hasta que venga un viento fuerte que se lleve hasta el cedro de su bandera, hachas y hacheros, solar reducido a cenizas del que surgirá el ave-fénix de Palestina.

BIBLICO LEON FELIPE

Un poco jeremías sí que fuiste. Y mira que la deidad te nació en el páramo recóndito para que fueras mimbre al viento. Pues ni por esas. Tú te empeñaste en ser guedeja de caña, muñón de roble, y que te aventara el tifón o el simún, el ciclón o el huracán. Estabas hecho de esta tierra de reciedumbre, de zamoranía larga paridora, mentes de volcán que cuando salen al mundo se desmelenan y deshilachan. Como un león tu nombre y romero tu apellido—Camino Galicia—. No podías renegar de tus raíces por mucho que tu verbo fueran trallazos y te repitieras y verborrea. Pero mamaste la leche de estas tierras reseca y mudas, apenas un hilillo de voz, hechas ya a la desesperanza, al escepticismo, a la sonrisa sabia de vuelta de todo, resignadas. Por eso extraña tu vozarrón ronco de inconformismo, de querer auparse, de peregrino, de profeta con el salmo a boca, salido de tu madre y después de tu ansia. Porque lo bebiste en las fuentes bíblicas pudiste clamar en el desierto y rebelarte de mentirijillas contra el Jehová del Sinaí. Aquellas lecturas de los libros sagrados iban ahondando en tus surcos infantiles por tierras *azules* de Salamanca, aledañas de Gredos, donde atravesaste el Mar Rojo de tu razón, a pie enjuto, camino de la tierra prometida.

Un poco jeremías sí que fuese, pero no pudiste con tu fe, con tu religiosidad, a bandazos con la política. Estabas tocado de muerte, quiero decir de Biblia. Qué coincidencia que otro renegón como tú, Unamuno, y también por estas tierras, os bebierais los vientos por de memoria saberos el *Exodo* y el *Cantar de los cantares*. Estabais tan atravesados por la puya de su gracia que os había llegado la cruceta hasta el calcañar.

Toda tu vida fue una *oración de caminante*. De sobra sabías que todos los caminos conducen a Roma, aunque el tuyo fuera distinto a los demás; era la senda tan virgen como tu corazón, tu camino estaba flechado por tortuoso que pareciera.

Qué lástima que se te enredara la nostalgia de tu infancia en Tábara y en Salamanca con la niña muerta de la Alcarria y dijeras tantas cosas de importacia. Y es que el peregrino quería andar solo, caminar *romero solo*, servirse de la vieira como cuenco, que la tormenta no le borrara las estrellas, aliviarse en la fontana, apoyarse en el bordón de su credo y rezar con fe —no como el sacristán— *qué solo estoy, Señor*, en este mesón y en esta oscura noche del alma. Y es que tú sabías de sobra que a la mañana te despertaría la cadenciosa abubilla, heralda de la aurora. Resabiado estabas de que la vida es un arcaduz, un surco arriba y abajo—lo *sabemos*,

Señor-, y el Señor de la heredad –aunque tú no lo creas, no lo digas– dará a cada obrero el jornal justo, más que generoso, aunque se haya presentado al atardecer. Y puede ser que te enfades con el Pastor, que te enfurruñes, porque se fue y te dejó puesta la tarea, prestada la gubia con que tú mismo desbastaste este trabalenguas de los hombres y, al viento las palabras, fabricaste la poesía y supiste poner en cada verso plumas de arrebató, nacencia de alas.

Y en aquella atardecida de Betania, cuando Jesús de Belén dialogaba con María en el atrio de la casa, tú te entraste por el postigo del corral –por donde huirías algún día de España– y de palique te explayaste con Marta, desasiéndola de sus labores y convenciéndola de que una lavadora automática hacía compatibles obligación y devoción, y que fuera a escuchar al Maestro, porque tú ya te arrastrabas por el madero que El sacralizó y querías la cruz *más sencilla*, sin mojigatería ni abalorios, y tuviste a tu disposición cantidad de carpinteros que se ofrecieron a crucificarte, era el postrer solitario de tu *oración* que el gran Tahir del cosmos se sacó de la manga sin hacer trampa. Y es que *Cristo* –tú bien lo sabes– ya había dicho que venía a prender fuego al mundo y qué quería sino que ardiera por los cuatro costados como tu España, la del éxodo y el llanto, la de los niños calcinados en las calles de Madrid –pavoridos como yo y tú nos mirabas–, pero no hacen falta ronquidos de vesania porque, aunque mecen la cuna del niño con cuentos y lo entierran con cuentos, bien aprendiste la historia del hombre, no se necesitan bramidos de histeria, tricolor ni aullidos, para curar heridas de hermanos, juglar y vocero, pregonero y rapsodo. De sobra sabes eso y no peques de gruñón. El gran *payaso de las bofetadas* fue España y aún están cárdenas del látigo sus mejillas. La llevabas en la sangre, la sangre te ardía y blandías al viento *hachas* e hisopos, cristos y quiijotes, *raposas* que seguían el rastro de tu vuelo. No me extraña tu garganta reseca y en piedra quedaras para siempre sentado en Tehuantepec, jardín de niños y trinos. Un torrente de voz tu lengua, lodo, llanto, confusión del Verbo, catarata de blasfemias, parábolas y mitos, qué bien te sabías la Biblia, para al fin ganar la luz. De sobra sabías que el *Cristo es el hombre*, porque el hombre es lo que importa. De sobra sabías que Dios estaba en el pico de la oración y en el rabo de la blasfemia de un raro ejemplar, todo un animal parecido a ti, pero no maldito aunque maldigas. Fíjate si sabrías tú de Biblia, que te apropiaste de los *Trenos* y los *Salmos* y, rotas, con un Viento mágico aún vibran las cuerdas de tu arpa. Un poco jeremías si que fuiste.

CAMPOSANTO

Vengo hoy a ti, camposanto, inusitadamente, florecido milagro floral con simiente de Parca, denigrado corral de muertos pueblerino en su aridez y silencio, barrio tabú extramuros de la ciudad. Sólo la súbita sabandija asustada y tus cipreses

–hieráticos monjes, orantes centinelas, signos de admiración puestos al final de la vida, sublime alerta para los vivos–. Hoy observo tu imagen maquillada, vísperas de recuerdos. Han llegado brazadas de flores, brotadas como por encanto, a perfumar tanto sueño eterno y olvidado. hoy está a punto la memoria de los vivos. Hoy acuden a ti con más o menos amor, obligación o indiferencia. Los demás días del año no sabrán de ti, no quieren saber. Hoy hay que cumplir, rememorar, gemir y dolerse porque la parte dada a cada uno de los nuestros, el hilo de sus vidas que hilaron y devanaron las Moiras mitológicas en sus ruelas lo cortaron estrepitosamente y nosotros, los cristianos, sostenemos que esos estambres son ya túnica divina.

Hoy han venido las madres muy temprano –ojos de rocío– las primeras. Las primeras tumbas adornadas son las de los hijos. ¿Por qué volarán tan presto los ángeles al cielo? Aún nos parecen sus tumbas el último juguete abandonado. ¿Por qué la muerte agostaría tan temprano los diez abriles de esa flor? ¿Y por qué troncharía a los veinte el talle de esa otra? Si es verdad que a la Muerte le place el llanto de una madre, de seguro que ella no la tuvo jamás.

Hoy llegan los hijos del amor. Aún está el ahogo en su garganta. Se fueron juntos los padres, al mutuo encuentro, porque tampoco la muerte pudo separarlos. Están los hijos alrededor, como en los últimos momentos. Están atentos a la última lección, a su postrer consejo. Veneración. La lámpara acongoja más el alma. Es como si sus vidas quisieran renacer para seguir alumbrando tanta oscuridad y dirigir el paso vacilante. Morir los padres qué paradoja–, ellos que regalan la vida. ¡Siempre vivas para ellos!

Y vendrán los esposos –él o ella–. Un ramo de pensamiento y claveles, hermoso, hasta caro. Con qué elegancia y ternura lo han dispuesto y colocado. Pasarán los recuerdos amontonándose en la mente como pétalos arrancados al azar. Dos vidas juntas, hechas una, y de pronto rotas a segur, separadas, desquiciadas salidas de los goznes de este portón que es la vida y que no espera más que la llegada del carpintero que lo encaje definitivamente en su sitio.

Es, sin duda, un paréntesis de amor. Es otra espera en la gran antesala del Pórtico de la Gloria, la apoteosis del amor.

Y llegarán los hermanos cogidos de la mano –o del corazón– a visitar al hermanito ausente –al hermanito grande o a la hermanita rubia o a la hermanita mayor–, de América o a la tía aquella que vivía sola y los dejó herederos. Hoy es día de visita y compostura. ¡Ah! Y a los abuelitos, dos veces padres, sostén de tantas casas, aliviadero de los hijos, dársena de los nietos, pacíficos de corazón. De ellos es ya el reino de los cielos. El olivo y el laurel servirán a su homenaje.

Y acudirán, por fin, los amigos y los novios. Seguro que vendrán. El o ella. Y sobre sus tumbas revivirá una imposible ilusión en recuerdo de adelfas y jazmines.

¿Cómo habrá podido continuar el ritmo del mundo después de su muerte?...

Camposanto fiel, rasero irreversible de igualdad, de justicia y de fraternidad, rotundo *slogan* de la única república segura, morada de ricos y pobres, tierra santa, semilla de vida, alto en el camino de la iglesia militante, apeadero de la comunión de los santos, comunismo puro y generoso, ósmosis de méritos de unos a otros, polícroma guirnalda y corona inmarcesible de aromas y plegarias prendida de la cruz. Hoy vamos nostálgicos a ti y con morriña, para ir haciéndonos, para dialogar en el atrio con los nuestros y estar a su querencia.

OSTRACISMO

No hay que destruir nada, pues todo es obra del hombre y como tal merece respeto. Aquí sólo se trata de construir o, a lo más, destruir toda ruina peligrosa, arrumbarla o descabalarla. Y así es verdad que el ostracismo resultó a veces una prudente medida.

En un óstraco, concha de ostra, tejuelo o trozo de cacharro roto, escribían los antiguos griegos –en número al menos de seis mil– el nombre del «gallito» ambicioso que deseaban desterrar y resultara ser un peligro para el Estado. Nombres para la Historia como Arístides «El Justo», Temístocles (el «Churchill» de entonces), Tucídides, etc., obtuvieron la mayoría de votos para salir cabizbajos, pisando su orgullo y su gloria, camino del destierro. Paradojas de una democracia que consistía en prevenirse de los que salieran arribistas.

De ahí que el Gobierno huya del protagonismo, del personalismo y exhibicionismo, y siempre haya de hacer política de Estado, más nacional que partidista. Despreocuparse y relegar a su partido en aras del bien común del país. Hay que extender la mirada por el mapa del ajedrez patrio y pensar en los peones parados o trabajadores, en los alfiles de los poderes fácticos, en la caballería de los marginados, en las torres de la defensa y en lo que resulta imprescindible para proseguir la partida de la democracia, el valor de una Reina y la prudencia del Rey moderando el libre juego de los contendientes. Y si no fuera así, que el pueblo llano y nada olvidadizo se lo demande y espere al primer arcaduz electoral de la noria política para recordárselo y enviar al ostracismo:

– A los demagogos que hacen de su programa político un señuelo para captar urna y no cumplir lo prometido. Eso se llama embaucar y frustrar.

– A los que tan sólo se dedican a segar bajo los pies las hierbas de la convivencia y arrasan con los abrasivos de sus bulos e inyectan intoxicación en cuanto tocan, provocación, inquina e incordio, entre los españoles.

– A los que desde el tobogán deslizante y resbaladizo de su prepotencia no babean de sus corazones más que resentimiento, acritud, desquite y revancha, y

subliminalmente van incrustando en la sociedad tachuelas del revés a la chita callando, chinas en las sandalias de la democracia-niña hasta hacer de la reforma una lenta revolución; complejos de inferioridad radicales que no rezuman más que cinismo en gestiones que no son de recibo.

–A los que desde el vértice de sus posiciones autonómicas van destilando sobre las bases licores de autarquía, humos de desmarque, ambrosía y néctar de dioses creídos, compartimentos estancos a la rebatina de privilegios y prebendas, clasistas e insolidarios, y que, al abrigo y morde humildes modales, fraguan los cimientos de sus megalomanías y plurales países.

– A los que, bajo el sayal de afables sonrisas y dulces vocablos y seráficos semblantes, hunden la puya más profunda de su dogmática y sibilina ideología.

– A los que desde sus torres de marfil no asoman la cabeza sino para saberse señores de sus huestes, adelantados, y se cierran en su egoísmo sin querer colaborar ni compartir el hombro por sacar del atolladero la carreta y convertirla en carroza de todos.

El pueblo está harto de que le suenen los nombres de siempre y por eso talmente le chirrían algunos. Los pecados pretéritos no los perdona el pueblo con propósito de enmienda. Les queda a los presuntos la pena de daño o de sentido y tienen que purgarla con el ostracismo. Los pecados de omisión son tan pecados como los de comisión. Y ese ha de ser su purgatorio, el olvido político.

Hay que construir, construir y construir. Los gallos nunca construyeron nada a no ser sobre las gallinas. Y en España nos sobran gallos y gallinas. Y hasta huevos.

SICOFANTAS

Vamos sencillamente a no buscarle tres pies al gato, a no levantar sarpullidos ni ampollas, a no marear el agua del mar, a que buenamente llegue la marea cuando tenga que llegar y a ponernos todos a salvo.

Existía en la Grecia antigua una clase de personas –los sicofantas– mal vista por el resto de los ciudadanos y dedicada a denunciar a quienes exportaban higos de contrabando, cuando este fruto junto con el aceite y el vino eran los primeros productos del comercio griego. Estos delatores profesionales se prodigaron y adulteraron tanto su oficio hasta hacerlo peyorativo y alcanzar en nuestros días el sinónimo de impostor y calumniador. Se crecieron, se engallaron y llegaron a intervenir –como verdaderos inquisidores– en las haciendas privadas a cambio de una prima o paga oficial, conminando, filtrando, fiscalizando.

Ya los escritores de aquella época andaban a la greña con ellos. Platón y Demóstenes nos los describen a la perfección.

– El sicofanta presume de patriota, de ayudar a la democracia y a la legislación

vigente. Actúan de zapa y husmeadores, soplones y chantajistas de los deberes cívicos ajenos.

– Después de la restauración democrática son siempre demócratas los que tratan de predominar en la Asamblea y en el Tribunal del pueblo, ya como oradores políticos –retóricos, demagogos–, ya como sicofantas.

– El sicofanta anda al acecho como el escorpión con el aguijón en ristre y hay coros, claqué, que aplauden su misión, prestándoles oídos como si la salvación de la democracia dependiera de su número. Mala ralea esta de sierpes que se arrastra y pretende encaramarse en la cúspide de la honradez.

En este ambiente se hallaban las personas inocentes, temblorosas y sitiadas. La intimidación hacía nido y una atmósfera malsana hipotecaba la vida pública y era causa principal de la abulia, de la desgana secreta o patente de muchos de los mejores ciudadanos. La desconfianza y el recelo se enroscan a la buena disposición y ahogan la acción y el progresismo.

Cuidado con la niña-Constitución, que no está aún para estos berenjenales ni estos trotes y, en vez de agitarla virilmente, necesita que la acunen manos delicadas. No andemos al invento de acritudes, que de sobra nos vienen sin buscarlas y ya va para diez años la larga senda de la transición. Ni hagamos ni nos comportemos como el sabueso anuncio del Oeste –*se busca*– por una recompensa o mal corazón, porque por mucho que se repita lo de presuntos implicados, que les quiten lo bailado –en este caso, lo sufrido– si resultan inocentes. ¿Quién resarce después, quién encola los platos rotos, quién recompone la imagen desvaída, los vidrios empañados por la presunción? La simple delación es motivo de duda, de entredicho. Hay manchas indelebles que no las quita ni el mejor K2r. Con su lengua debían raerla esas lenguas viperinas. Y en este ojeo nacional andan muchos de tiradores, al acoso y derribo, y azuzan los lebreles tras los gazapos asustadizos, que más bien la pobre gente media parecen lagartijas, que no es poco meterse en sus escondrijos y esperar a que escampen la tormenta y el rodeo. No anda sobrada la libertad con este temor a no salir a cara descubierta y respirar el aire limpio.

Atenas supo sobrevivir como Estado democrático a pesar de aquella calaña de corregidores, lo que fue una prueba de su vitalidad. No tengamos que repetirlo ahora de este pase natural o pasada por la izquierda. Atención, no sea que se les esté haciendo el caldo gordo a sicofantas no controlados, hurones subliminales que pretenden atarazar el pilar de la Corona y de las instituciones con arietes y arrojando piedras que volverán a donde deben, a sus rostros y cucañas.

Y en este nuestro país, tan dado a escamotear la obligación, a driblar la vigilancia del deber cumplido, a saltarse a la torera la Administración y hasta hacer juegos de manos con la conciencia, hemos de evitar la descalificación personal, subir el nivel del *tú más*, porque casi todos nos veríamos salpicados de traición, en deslealtades

e infidelidades, en cohechos y omisiones. Mantengamos la concordia hasta los límites de lo legal, sin rozar el delito, pero no traspasemos las lindes de lo humano, de lo comprensible, de lo llevadero, del conformismo, de la transigencia. España es así y no necesita sicofantas. Convivir es ceder y a España le urge mucha convivencia y mucho bálsamo en heridas siempre latentes que se abren al menor roce. Procuremos no enrarecer el aire de primavera y disimulemos las espinas de las rosas, que ya acuden las flores en tropel y huele el ambiente a la alegría de la suave atardecida, serena y al amor de la compañía, del ocio que alimentan la amistad y la tertulia, larga y distendida, para poder cantar las cuarenta cuando se tienen. No de farol y de renuncio.

LOS VENCEJOS

Su nombre nos evoca la alegría del buen tiempo. Son los vencejos –aviones y arcángeles– pájaros chirriantes, alborotadores, que empujan a la primavera a que allane el cortijo del verano: ellos marcan la transición. Conatos de golondrinas, de traje en blanco y negro venido a menos, semejan notas musicales alocadas de un pentagrama lúdico. Llegan oficialmente a finales de abril, coincidiendo aproximadamente con el Día del Libro, como si ellos fueran las letras desprendidas de la página mañanera que pasa el alba del libro que se abre al nuevo día.

Su llegada es exacta, inmutable, como si se tratara de una estación más, apurada primavera. Como buenos climatólogos acuden puntuales; si no es así, es que abril revuelve el rabo y no precisamente para espantar las moscas. También suele ocurrir que lleguen algunos despistados, volando alto, en busca del éter cálido, y no se resignan a darse media o vuelta entera por el qué dirán de los suyos más avispados. Tienen que aguantar la trastada del tiempo enrevesado y las burlas de las cigüeñas, de los grajos y gorriones. Pero ellos están en lo cierto y no muy confundidos, aunque para ello tengan que permanecer más de la cuenta en su agujero del alero, cesta de baloncesto donde se encajan con admirable acierto en su raudo vuelo.

Los vencejos son los heraldos, los precursores del tiempo sereno y asentado, momento de desprenderse de la gabardina y del chaleco, a punto de enfundarse el traje veraniego. Ellos pregonan de maitinada, vivaces y vivarachos, el sol naciente. Sus rápidas vueltas y revueltas, en bandadas, despiertan con sus chillidos y algarabía el sueño más tranquilo; flechas disparadas al vacío limpian, albean y transparentan el ambiente. Como audaces y afilados cuchillos persiguen y engullen mosquitos y anofeles y cuanto flote en su carrera. Cualquier objeto en suspensión es su meta y su blanco y muchas veces su ruina, pues cuántos momentos felices pasamos en nuestra infancia con su captura lanzando al aire trozos de papel horadados a su tamaño sobre el haz de un tejo y ellos, incautos, se lanzan al señuelo

como manjar supremo colándose en el hueco y quedando aprisionados sin poder desplegar las alas y precipitándose al suelo. Eran tan torpes, toscos, feúchos y pesadotes en tierra, que no dudábamos en devolverlos a la libertad azul de su mundo y su medio.

Al mediodía se recogen en sus nidos, que está el padre Febo apretando de lo lindo y es la hora del sesteo y digestión y no conviene turbar tampoco el sosiego de los hombres, cuando las sombras marcan las líneas más perfectas. Esperan al atardecer a que el calor se difumine para ellos volver y girar con renacidos bríos. Entonces sí que es el cantar de los cantares cuando la placidez vespertina se recuesta en terciopelo. Están las calles y patios aturridos con sus correrías y guirigay; juegan al corro en porfía de tráfico veloz driblando aristas y salientes y sólo los semáforos de las paredes frenan el ímpetu de sus pasadas. Y ya de avanzada, remolones, disputan la luz a los murciélagos, a los que dan la alternativa y cambian los trastos de la noche, mientras hacen mutis a sus escondrijos a la espera del nuevo aldabonazo de la aurora.

Tan de igual manera la olla de grillos de los arreaques políticos en la calima que se avecina. Gárrulos y boquirrotos, mucho aleluya y hosanna en las alturas cuando andan a su aire; pero cuando pisan tierra se vuelven torpones, patizambos y espatarrados, y no levantan más el vuelo. Entonces se extraña el pueblo soberano de que lo que parecían arcángeles no son más que murciélagos cuyo ambiente es la oscuridad y palpar de tinieblas su cultura *underground*.

Pero los alegres vencejos –los auténticos– están a la vuelta de la esquina.

LAS CASTAÑERAS

Es a mediados del otoño cuando el tiempo recoge sus vestes amarillentas de membrillo, recauda los últimos rayos del sol y se dispone a enfundarse el gabán de invierno. Por Los Santos y Difuntos se marcan las lindes del frío oficial, se consumen los días vertiginosamente y el viento cortante enfila las calles y dobla las esquinas.

Es el momento de la figura entrañable de las castañeras. Han sacado sus bártulos a la acera y en ellas cambian ilusión y calor por clima arisco y desapacible. Son las ancianas de siempre, de otrora; pero ahora también los jóvenes emplazan sus tenderetes y cocinas portátiles para arrancar a tanto paro nacional connotaciones de cruzada. Acopian fardeles, capachos, sacos de castañas de la sierra, de quién sabe qué pueblos oscuros y olvidados, castañas abiertas a navaja para que no estallen, crepiten a la lumbre, castañeteo en las estufas horadadas. Te las ofrecen en cucuruchos, pero lo bueno es gozar su calor en las manos, su peladura, su gusto a engrudo recalentado, jamás ahondadas en el bolsillo, que te lo pueden quemar tanto

como el Ministerio de Hacienda. Porque ésa es otra, españolito comprador: ¿quién te sacará las castañas del fuego? Trabajo, OTAN, honradez, castañas pilongas, moños de mujer. Porque tú bien sabes que se ha echado mucha suela a ablandar y no hay ya zapatos para tan larga andadura. Fue grande el alborozo, como un rito, el de lanzar las castañas al fuego, pero abrasan las uñas y los dedos y no vayas a pensar que te han dado o metido una castaña. Lo más que puedes hacer, si te atreves, es dejarla enfriar, dejar pasar el tiempo, que todo lo cura, hasta las castañas, que se vuelven cecina; pero para entonces, españolito joven, estarán tan duras que tus dientes no te valdrán.

Llega noviembre cargado de nubes y cenizas, gris y engualdrapado de capote, plomizo de granizo, helador de viento, árboles desnudos tiritando al anochecer cuando la camilla familiar se viste de faldillas y se rodea de tibieza.

Vuelven de recogida las castañeras embozándose del frío en las esquinas, en los vértices de todas las conciencias, esperando el paso del invierno, el cuchillo gélido del cierzo, arrebujadas en su instalache para recibir a los fieles del calor, del hogar presentido, cobijo semioscuro de solitaria lámpara que nos recuerda en estos días el regazo de los seres idos y queridos. Españolito de a pie, no te desmayes, aunque tú te creas que esto va pasando de castaño oscuro.

BELEN

Al sur de Jerusalén, la carretera serpentea dos leguas escasas hasta llegar a Belén, *Casa del Pan*, en hebreo. Circunda el autocar las laderas moteadas de casas grises, ocres del paisaje, con terrazas y placas solares ávidas de energía. Estos breves kilómetros son un reguero continuo de gentes y de tráfico que acuden de la capital a esta aldea tan insignificante que no pudiera pensarse que de ella naciera ni un grano de mostaza, pequeña entre los minúsculos pueblos de Judá, sería la mayor en gloria. Pero hoy es una ciudad la mitad de Zamora, ajetreada, turística, comercial, zoco y mercado de recuerdos, nacimientos, rosarios y nácares, madera de olivo y madreperla. Aquel pobre Niño, pobre de solemnidad, ha hecho rico a su pueblo. Lo visitan, generación tras generación, hombres de todas las partes del mundo en pos de la paz que anunciaran muy cerca de allí los ángeles a los pastores. Mujeres encintas –llegadas ex profeso– pasean el orgullo de sus redondeces, proclamando que desean acunar su gravidez donde otra mujer depositó la suya, cuando, ya cansada y agobiada tras ciento cincuenta kilómetros que la separaban de Nazaret, subió y atravesó Jerusalén en su platero y vino a reposar, a cumplir con el censo, como si de cualquier lista electoral se tratara. La verdad es que Belén ha hecho su negocio y su pacotilla a expensas de aquellos dos parvulitos obedientes al edicto del emperador César Augusto. Han pasado de largo y han dejado atrás

Jerusalén, la ciudad encanto, bulliciosa, deslumbrante a los ojos de unos pueblerinos que lo único que desean es llegar a su destino. Pero, aunque Belén es pequeña, está llena de forasteros que han acudido a la llamada imperial; no en balde es la cuna del pastor David, ungido rey de Israel por el profeta Samuel. La nobleza y la ternura de Belén vienen ya de antiguo. En sus cercanías y a orillas del camino se desvían las mujeres a visitar la tumba de Raquel, la esposa de Jacob, para impetrar un feliz alumbramiento. También Belén fue escenario del idilio entre la espigadora Ruth, pobre viuda, que se adentró a hurtadillas en los campos del rico Booz y ambos al acecho se prendaron. Se premiaba igualmente el afecto entre Ruth, la moabita, y su suegra, la judía Noemí, ejemplo de tolerancia racial y hasta familiar, hoy preterida entre árabes y judíos. Pero la mayor recompensa fue que Ruth y Booz se convirtieron en los bisabuelos del Rey David y ascendientes, por ello, del Rey de Reyes.

En la Plaza Manger de Belen está la basílica de la Natividad. El emperador Constantino y su madre Santa Helena levantaron la primera iglesia. Los hombres y sus intransigencias la derruyeron y la reedificaron cuantiosas veces. Romanos, cristianos, samaritanos, Justiniano... Los persas se detuvieron ante una nueva profanación al reconocer de su raza a los Reyes Magos de Oriente en el momento de la Adoración; los cruzados la restauraron tal cual hoy. Con su imponente fachada maciza y de ciudadela dibuja su interior una cruz latina con cinco naves. Exactamente sobre la cueva del Nacimiento se halla el coro de los griegos, tallado en madera de cedro del Líbano. Lo que empezó siendo paz, sigue siendo hoy guerra y recelo y reajo.

A la cripta del Pesebre se llega descendiendo por una treintena de escalones, dédalo de bajada oscura y estrecha como cualquier alma que quiera acceder al milagro. En el laberinto de corredores subterráneos se ha aposentado decentemente una *capellina*, estilo catacumba. Su techo son las enormes rocas al descubierto, auténtica cueva de aquella época, cobijo de caminantes, donde se recogieran pastores y ganado, santos como Jerónimo que en aquella oscuridad tuvo la luz suficiente para traducir la Biblia al latín y ayudar a bien morir a su fiel discípula Santa Paula. Pero es la Gruta del Pesebre donde el alma se emociona, se exalta y se cae a los pies. A pesar del amianto a prueba de fuego, regalo de MacMahón, presidente de Francia (1874), no obstante tanta riqueza, tanta lámpara votiva, allí hay miseria, brilla la mugre, escasea la limpieza y abundan los humos y olor a aceite y cera quemada que alimentan y cuidan a su manera los ortodoxos griegos. Una estrella de plata muestra en el suelo el lugar tradicional del Nacimiento. *Aquí de la Virgen María nació Jesucristo*- en inscripción latina. Besos y manos se adentran en el hueco a tocar la piedra del pesebre. (Los Padres Franciscanos son los que verdaderamente han mimado, levantado y reconstruido elegante y artísticamente

muchos templos y capillas en los Santos Lugares. Han recorrido piadosamente los pasajes del Evangelio y sobre ellos han erigido bellos recuerdos. En santa emulación con otras religiones han sabido superarse y respetar. Su labor ingente explica tanta limosna). A la derecha de la estrella se halla el altar llamado de los Reyes Magos, sobre el lugar que ocuparon con sus presentes al recién nacido y cuyo recuerdo hace ilusión todavía hoy a grandes y pequeños. Todo tuvo que ser muy sencillo en aquel cuchitril para dar comienzo al cómputo de una nueva Era. A partir de aquellos primeros lloriqueos infantiles se contarán las hazañas de los hombres.

A unos tres kilómetros de Belén, hacia Oriente, se llega al valle de Bet Sahur y, un poco más allá, al Campo de los Pastores. Una extensa tenada excavada en la roca, mansión de pastores y cuadra de ganado, es hoy un recinto bastante amplio de recogimiento lo que fuera el primer foro de la humanidad donde se anunciara la paz. A su vera se ha construido una bella capilla con artísticos frescos. Y añade la tradición que los restos de aquellos pastores –José, Isaac y Jacob–, andando el tiempo y los hombres, son los que se guardan muy cerca de Zamora, en el pueblecito salmantino de Ledesma, con escritos que hacen referencia a su traslado desde el siglo X y que tal vez algún cruzado celoso trajera consigo, envueltos entre rosas de Sharón y lirios de sus valles.

Está Belén recostada en la colina, al arrullo de villancicos, esperando el parto de la paz. Sin duda alguna ella sería el centro, el ombligo del mundo, el lugar ideal para la firma de una paz universal. Ni Ginebra ni Nueva York; otra vez Belén. El que allí nació ya dijo de mayorcito que había venido no a traer paz, sino espada. Y no son palabras contradictorias. Y es que Belén no suena sólo a rosal de pitiminí, a algo dulzón, sino a *armar el belén*, a trastocar el orden preestablecido, a remover conciencias, a convertir en grito aquella nana para que la paloma de la paz no se aleje tocada del ala, y a no *estarse bailando en Belén*, ensimismados, porque también se dijo *bienaventurados los pacíficos*, que no son precisamente los pacifistas; esa es la diferencia que va entre serlo de corazón y de pico.

Pero Belén seguirá sonando a auténtica paz, a idilio, a oveja de vellón y pastores sencillos, a terciopelo y piel de niño, olivo y mantequilla, a pluma y a paloma. Belén es curva recostada y nacimiento. Belén es ilusión infantil, sembrada de riachuelos de plata y nieve de harina y prados de musgo y zagales y lavanderas asomadas al lago de cristal y regalos de Reyes Magos. Belén es, sencillamente, una estrella que, en vez de misiles, cruza el cielo sostenida por alas de ángeles que mecen la paz a los hombres de buena intención.

LAS CIGÜEÑAS

Por San Blas la cigüeña verás; y si no la vieres, año de nieves. Así anda la

paremiología emparentando el tres de Febrero con la abundancia de los copos. No es que San Blas augure o hable y punto en boca - que eso se queda para cualquier cacique autónomo -, sino que él hace los posibles por que en su día lleguen las cigüeñas anunciando el buen tiempo, a la vez que los niños adornan sus cuellos colgándose las polícromas gargantillas y saboreando las rosquillas del Santo abogado y protector de la garganta, aviso de navegante para políticos que se desgañitan equivocando los gritos estentóreos con la suave razón. Por San Blas ya va despejándose el horizonte hurraño del invierno, abriéndose los días, alargándose las tardes, que *por los Reyes, ya lo notan los bueyes*, cuando retornan del pastizal.

Las aves - y los hombres - son autómatas manecillas de este reloj que es la Naturaleza y sus citas se cumplen con inexorable exactitud, lo que no quita para que alguna implume cigüeña despistada se adelante un tanto o se avíe en su llegada para copar el nidal de antaño. Enhiestas torres sencillas y encuadradas en el paisaje de Castilla, campanarios presidiendo los tejados, alerta las chimeneas, botafumeiros humildes de la fe de sus mayores; espadañas y ermitas, románticas y acogedoras, solitarias, polleras inmóviles del arrullo cigüeñal; copas de los árboles, encinas y robles, pinos y chopos, cercanos al regato, a la charca, a la laguna, bebederes imprescindibles, paisaje irrepetible de la zancuda, filósofa del campo, ensimismada de soledad, añorante y morriñosa de otras cálidas tierras, pero sabedora, sin duda, de la acogida de estas gentes, que se alegran de su llegada y de sus razzias circulares y de su vuelo inalterable y majestuoso y de su aterrizaje silencioso, helicóptero plegable que se acurruca cabe su pareja.

Había una princesa, Antígona, hija del rey de Troya, que en su soberbia quiso competir en hermosura con Hera, la esposa de Zeus. Pero la diosa la castigó a convertirse en cigüeña, como si se tratara de un ave un tanto estrafalaria, de asimétricas proporciones, altiva y orgullosa, jirafa del terruño, patilarga y petimetre, con su estirado cuello presumido como quien llega al Poder, inalcanzable emulación del cisne, y su pico largo y robusto como quien escarba y hurga entre los declarantes del IVA. No lo lograra la diosa del Olimpo, porque la cigüeña fue venerada en la Antigüedad y llegó a considerarse su exterminio como reo de homicidio. Bien es verdad que en su clase no puja por la esbeltez de la garza, pero sí se alinea con el flamenco y con la grulla. Y hoy alegra nuestra vista su figura y están de fiesta los ecologistas con su presencia y su perfil hierático, pegaso de la marisma, aguza su pico en el fondo de los cadozos y lo afila al través y de paso con la pesca de algún pez imprevisor o novicio y sana el entorno y aplaude su acción benefactora con su castañeteo, que los niños dicen que está machando el ajo para los cigoñinos. Ella ha atravesado países - a pesar del aborto - y ha regresado con la pareja de siempre, maridaje perfecto, constructores al unísono por acarrear el macho materiales y

disponerlos la hembra. Su estampa, recortada y columpiada a la paticoja, se nos ha quedado como una esfinge a orillas de la rivera. Pero nuestro afecto se desborda cuando la sabemos portadora en su pico de una envoltura trayendo a un niño recién nacido. Entonces sí que decimos de verdad que ha venido la cigüeña.

LA QUIMERA DEL PROFESOR

Ahora que se acallan los llantos y dolor, rumores y oropeles, y la tierra va asentando y el joven profesor descansando de veras, mientras la última lágrima queda prendida y confundida en el surtidor y peplo de la diosa Cibeles, vaya el recuerdo de estas líneas, arregladas a sus modales, para resarcir acciones y omisiones, poniendo por delante su palabra epistolar y gratisdata:

«Ojalá todos los españoles se acostumbraran al medio, pacífico y urbano, de expresar sus opiniones por cartas ponderadas y previsoras». Fue su respuesta propedéutica a un giro de muchos grados que se avenía a razones, contemporizador y diplomático, para bien de España, deponiendo resabios en el país de las maravillas, que ya otro autor y santo por más señas - santo Tomás Moro - intituló *Utopía* del paraíso perdido y soñado, la república imaginaria, hasta recalar al abrigo y corrección de la Monarquía igualmente democrática. Y es que en el subconciencia se había marchitado la última - o primera - ilusión del presidente de una forma de Estado fenecida.

Corrían despaciosamente los años en que también otros jóvenes profesores - Tovar, Laín, Aranguren - se desuncían de ideas y de Poder, rectificaban, y acudíamos los estudiantes, casi a hurtadillas, en la Salamanca acogedora y puntillosa, pero siempre digna, a escuchar a Tierno Galván en su Seminario de Derecho Político, al acecho de su heterodoxia, al misterio de su oratoria serena y elegante, de obispo laico, fino como curva de pez en el agua, incisivo como un bisturí recalentado, labios prietos y cortantes como filos de espada, semblante de esfinge y ademanes exquisitos y ojos avizores, pequeños y de escudriño. Cruzaba su chaqueta con manos abaciales como quien se dispone a dar la bendición, abrochando al mundo, con la parsimonia y el talante de un zureo. Claro en la exposición, dejaba volar levemente sus brazos como quien aquieta espíritus y calma tempestades. Comenzaba su decir pausado de voz meliflua ni un ápice removido de su línea, no traspasando el dintel de la puerta abierta ni la linde del campo ajeno.

Había llegado arrastrando de largo su trayectoria anarquista y libertaria, paseante fogoso a grito pelado por la Puerta del Sol republicana, y ahora se sentía a gusto fuera del campo de agramante de los que bailaban a su lado y lo orillaban. El dejaba hacer, se dejaba querer de tanto *chico*, le habían aparcado por imposible en un tinglado de desgaste total sobre una arpillera que le venía pequeña y que él

resolvía con ironía socrática y se desmarcaba con el sermón mayéutico de su prosa corregidora, sorna quevedesca, Fausto bífido y tanático, lanzador de patos al Manzanares por no arrojar a sus ediles, abrazante de morenas curvilíneas, preludio de la movida nacional, receptor de la cutre con los nidales al aire, estilete dialéctico brillante y clásico, que no tuvo inconveniente en recibir ladinamente al mismísimo Papa, uno de tanto escalones descendidos de su soberbia universitaria hasta el pragmatismo político. Las agujas del reloj de su intelecto privilegiado seguían girando vertiginosamente desde el piropo al crucifijo como signo de paz y amor, desde su salida de marxista al encuentro con el buen Dios, desde sentir que la oración de los creyentes podía valer para bien de su salud reblandecida, hasta la idea redentora del dolor trascendido, su humildad de reconocerse necesariamente agnóstico para traspasar el umbral divino y llegar ahora a culminar su vida ambigua de exequia católica, cristiano sin cruz soterrado entre cruces y rodeado de ángeles bajo la advocación de la Almudena, su última paradoja.

En la mitología griega, la Quimera era un monstruo fabuloso con cuerpo de cabra, cabeza de león y cola de dragón y que vomitaba llamas, y como tal extendemos su nombre a toda cosa vacía e irrealizable. A lo corto de su vida, el joven profesor ha ido descartándose de estas quimeras de leones, cabras y dragones, convertidos en mininas, recentales y salamanques, fuegos de artificio, y después, en nada, entes de ficción.

Este hombre contradictorio, de ida y vuelta como un palíndromo, digno émulo de Carlos III y leal con *El mejor alcalde, el Rey*, se retiró musitando mercedes y perdón - y para ética la suya y no la de otros que casi la escribieron con hache y de ella hicieron su vida -, y con esa autoridad moral del prestigio más Poder había resuelto la incoherencia que va de lo hablado a lo escrito, del dicho al hecho, del hombre a su circunstancia.

Se ha ido de puntillas entre humildes tocas y el boato en olor de multitud, y se habrá encontrado, deslumbrado, con la visión sosegada de las cosas, despertando de una carroza imperial en un grácil simón, paseando - con dignidad de chispero - por el Paseo del Retiro de su edén, definitivamente al loro y colocado.

EL LABERINTO EUROPEO

Erase una vez un pueblo que se llamaba Europa. Y ocurrió que se reunieron unos cuantos vecinos para tratar de sus asuntos, que casi siempre eran contrarios, a simple vista, a los del pueblo vecino. Y resultó que decidieron hacerse algo comunistas, pero a lo rico, es decir, disfrutar de algunas cosas *comunes* en lo tocante, a más ver, a la cuestión del parné. Así que compraron entre todos un mercado o nave comercial y construyeron a la vera una finca, villa o casona de comunidad,

y todos a trabajar, todos a aportar lo que sacaran del terruño o de la fábrica, a consumir y lo sobrante, a exportarlo. Todos tan contentos porque parecía que se nivelaban las fortunas, se aupaban los pobres y se agachaban los pudientes, y todos -fuera de algún cascarrabias - tan ufanos porque la empresa se las prometía felices. Bien es verdad que cada uno procedía de barrios distintos, a veces hasta hablaban diferente, pero en el fondo: se entendían. Todos perfectamente compenetrados, aunque alguno tirara al monte porque había encontrado un tesoro en su corral o en la trastienda, o simplemente en su huerto que le caía a trasmano, y ahora se mordía los labios por tener que repartirlo con los demás. Pero no pasaba a mayores la rabieta. Reinaba la solidaridad y lo que se pretendía era que todos se llevaran bien, que ninguno desentonara y, dentro de lo que cupiera, imperaran libertad y paz a todas las horas del día y de la noche. Pero hete aquí que en tan beatífico quehacer, en esa labor tan productiva y eficaz, en ese negocio tan rentable, pudiera ocurrir que los bárbaros del pueblo limítrofe vinieran y lo echaran todo a rodar, aunque nada más fuera a pedradas, en algunas de sus extrañas incursiones, a tantas de la noche, rompieran los cristales de las ventanas o se encaramaran en los alféizares y hasta lanzaran algún «cóctel Molotov» contra la puerta, incendiaran el tinglado y todos se quedaran a la luna de Valencia. Y entonces, oh, gran idea -*¡éureka!*, que dirían los franceses-, acordaron los socios que, además del Mercaeuropa, habría también que inventar algún comité, crear o disponer de algunos resortes de defensa o disuasión, especie de somatén, para evitar cualquier desaguizado de los de fuera. Y aquí surgió la madre del cordero. El último que había entrado a formar parte del gremio se opuso a tal decisión de cooperar en la defensa ante cualquier emergencia. Bien que le admitieran a la mesa común, al abrigo de la casa, al ocio de las horas vespertinas disfrutando de los aparatos audiovisuales y a la paz hogareña, pero él no quería saber nada de proteger tales ventajas y privilegios, bienes y favores, si irrumpían los vecinos o extraños para arramplar con todo o, sencillamente, de tener que intervenir ante cualquier catástrofe o accidente. Ordeñar sí, pero que las vacas las cuidaran los otros. Buena casona, pero al socaire de los compadres.

Bueno, pues ahora resulta que a la última familia que se ha instalado en la casona le ha dado algo de corte y anda haciendo una encuesta entre los suyos para ver de asegurar o no la hacienda en caso de ataque. Pero lo gracioso del caso es que antes de habitarla esta familia desavenida y sin tener arte ni parte en ella, ya entonces el padre sostenía que había de defenderla, aunque nada más fuera por solidaridad y por evitar las tejas rotas del propio tejado. Y la madre, que no, que no hacía falta complicarse. Los hijos entonces apenas opinaban. Habían entrado alguna vez en la casona como de prestado, de visita tal vez, como inquilinos. Pero de la noche a la mañana un viento fuerte ha vuelto las tornas, ha girado la veleta y es la madre quien proclama la defensa, da la alerta, propicia la vigilancia, y el padre que no quiere

saber nada, que ya lo dijo antes y que le importa un bledo si viene el enemigo y destruye el caserío: prefiere abstenerse a dar la razón a su señora, aunque la familia y el consenso se deshagan y ellos se divorcien. Los hijos, ante tal espectáculo, creen estar viendo un capítulo más de los pitufos o de «Falcon Crest». Y en el pueblo todo son comentarios, dimes y diretes. ¿Cómo puede ser que alguien tan prudente como el padre, convencido hasta los tuétanos de defender el solar patrio, sea capaz de no abrir la boca ni decir *tus* ni *mus*, y anteponga sus propios intereses y amor propio al interés común de la casona? ¿Es que no ve que si no da su *sí* puede él mismo ser víctima del desastre como un falso Sansón entre las columnas filisteas? ¿Pues y la madre que dice ahora que *sí* -cuando antes que no- y que está dispuesta a armarse hasta con un tirachinas si le bombardean la casa? Y por más que los convencidos le echan en cara la cara que le echa en esa forma de defender la vivienda, ella dice que si quieren, bien, pero ahora ya está dentro y que le bailen el agua, que ella es objetora de conciencia. Pero no parece que lo sea de permanencia, porque parece que se ha montado muy bien en la burra. Ojos de reojo la miran en el salón, ojos al bies a esta linda Dondiega, segura de su futuro. O todo o nada, porque si es a medias, a medias todo el negocio.

Tal vez la mejor convivencia de los españoles estribe en sentirse del todo seguros perteneciendo a una organización con tales medios de disuasión y, por ende, defensivos y, como consecuencia, disponer de una estabilidad más convincente de la democracia cuando, en el fondo, todos sabemos que parte de la sociedad española -comenzando por las altas instancias y poderes fácticos, más interesados en el tema por ser la parte más implicada en el mismo -es partidaria de la total integración.

Precisamente naciones como España, Grecia y Portugal -aparte Turquía, todo se andará -han salido del túnel antidemocrático entrando primero en el Mercado Común o en la Alianza y, lógicamente, completando luego esa andadura con la pertenencia a ambos organismos supranacionales. Tan válido es recorrer ese camino para llegar a la democracia empezando por la OTAN como por la CEE. Así han sido conducidos al *rede* de la libertad. Y también hay que aclarar diciendo cuáles son los enemigos de la democracia a los que la OTAN no persiga. En la villa de la libertad deben prevalecer los intereses defensivos comunes sobre los particulares. En otro caso, sería como quitar el perro de la puerta porque no te deja dormir con sus ladridos. ¿Qué es más importante, su sueño o la seguridad del vecindario? Además de que también se puede hacer callar al perro. Simplemente con un bozal.

La neutralidad activa en nada se diferencia de la pasiva, que es en la que nos iban a convertir a España en su sentido literal, *padeciendo* la marginación en todos los órdenes. La neutralidad tradicional española nos ha venido dada por el azar

histórico y por las circunstancias de un atraso secular por el que nada pintábamos en el mapa y por la precariedad económica y política subsiguientes.

El valor de la paz se defiende mejor siendo fuerte que débil: la voz sonora y la acción rotunda proceden siempre de organizaciones sanas y robustas. La razón-cuento de la soberanía nacional parece que no se alega ante decisiones unánimes o mayoritarias y democráticas de otras comunidades, sin que por ello se menguen la autonomía y personalidad nacionales. Ahí precisamente está anclado uno de los obstáculos e inconvenientes de los que ven con anteojeras, que la voluntad por alcanzar una Europa unida comienza por renunciar cada uno a su parte de amor propio, recelo y orgullo. Así no se forja una Europa. Pensar que otros decidirán sobre nuestro territorio es extrapolar la debilidad, ir de mala intención, considerar al Gobierno de turno como un títere ante la opinión internacional. Y en cuanto al progreso, mejor es no hablar cuando se sabe de sobra que en equipo es como se funciona, en cooperación y entre naciones unidas, no separadas, arrojando el hombro.

Tal vez la mejor manera de preservar la paz es no provocar al rival con la propia debilidad. Muy bien tienen que vivir muchos burgueses para temer tanto la muerte por una nuclearización del territorio. Que les vayan vociferando tamaña valentía a los parados, a los hambrientos o a los incultos, que les vayan diciendo que se olviden de su problema porque estamos ante un peligro nuclear. La risotada despectiva les impelería a quitarse de en medio para no privar a tanto desdichado de su único bien que es el sol, no la sombra creciente con que los van conminando. La mejor nuclearización actual y su posible e inmediata explosión radica tan sólo en el estómago.

El progreso más avanzado de hoy día estriba precisamente en los ingenios defensivos que llevan aparejados el adelanto técnico más sofisticado y de ahí la civilización más puntera en el orden científico y cultural. Los gastos de seguridad serán menores si se escotan proporcionalmente y el poder disfrutar del último descubrimiento puede cercenar muchas culebras de hambre y sostener a muchas familias. Si esto es ilógico, que se demuestre con razones a la vista y no demagógicas. Pretender el avance científico español permaneciendo neutral y en torre de marfil, es como arar en el mar o aricar con arado de plata.

El cuento de la III Guerra Mundial no se lo cree ni Gadafi. Jamás podrá haber otra guerra de tamañas dimensiones. Las habrá locales, de arte y ensayo, porque eso es la vida del hombre sobre la tierra, una lucha contra la envidia y el egoísmo. Por el desarme sí debemos optar: pero a todos los niveles, en concomitancia las naciones y el dictamen de la ONU. Guerra mundial y desarme total son la misma utopía.

Y no hay que coger la perra de tener que supeditar la política exterior de España

al gran coloso, cuando precisamente la fuerza del débil -de Europa- estriba en hacerse querer, en estar abrigada, para proseguir su desarrollo y progreso tranquilo en otros aspectos. Bajo techado se trabaja mejor que a la intemperie. Y cuánta liviandad en alegatos de nuestra presumible limitación y distracción para con Iberoamérica y países árabes. Si es que alguna otra vez hemos tenido política exterior, es cabalmente ahora cuando nos hemos opuesto a planteamientos y situaciones que en modo alguno coinciden con el gran coloso. Europa empieza a despegarse. Nadie ha lanzado -ni lanzará- rayos y truenos contra España si abandona la OTAN. Esa profecía se la sacan de la manga los alguaciles apocalípticos del momento. Pero, cuidado, formalidad ante Europa y el mundo. Es cuestión de Estado y no de partido.

Europa es despensa más seguridad y esto no tiene otra traducción que Mercado Común más Alianza Atlántica. Quien no quiera comprender esto es un demagogo y un incordiante. Ir de caza o de pesca sólo por la comilona es mucha cara. Sólo con la riqueza que pueda crearse puede ayudarse al Tercer Mundo. Y Europa es una muestra palmaria y solidaria con los países necesitados, aunque nada más fuera por haber comenzado admitiendo a estos tres pobres de España, Grecia y Portugal.

No creemos que Europa sea una linda muchachita seducida por el hercúleo mocetón. Es ya una hembra demasiado fondona -¡de ahora es su rapto por el toro cretense de la mitología!- y que está de vuelta de mucho y para enseñar de todo y a todos, incluido el galán de turno. Y hasta hablando con el vecino o el cofrade puede ampliar aún más su solar en el juego de la prenda sustraída.

Cuenta la leyenda griega que existía en la isla de Creta un fabuloso recinto, grandioso palacio, intrincada fortaleza de corredores y pasillos -auténtico laberinto-, que el rey Minos mandó construir para encerrar en él al minotauro, monstruo mitad hombre y mitad toro, y al que alimentaba con siete jóvenes y siete doncellas que los atenienses habían de pagarle anualmente como tributo. Pero Teseo, héroe legendario de Atenas, enamorado de Ariadna, la encantadora hija del rey Minos, libró a su pueblo de tan ominosa carga matando al minotauro y sirviéndose del hijo que Ariadna le había entregado y que él ató a la entrada e iba enrollando nuevamente con que orientarse para hallar el camino de salida.

El problema de la OTAN se ha convertido en otro laberinto y en una olla de grillos nacional de absurdos, contradicciones, disparates, esperpentos y astracanada.

1. El Parlamento aprueba la pertenencia de España a la Alianza Atlántica.
2. El Parlamento ratifica dicha pertenencia, pero bloquea el aspecto defensivo.
3. El pueblo -representado en las Cortes Generales- es convocado a referéndum para algo aprobado ya por dos veces.
4. Absurdo de algunos que se abstienen en el referéndum y prefieren callar, no apuntalar, no confirmar el «sí» rotundo que ya entonces defendieron y ahora siguen

defendiendo. En su descargo, que la preguntita -y sus aledaños- no coincide con el «sí» de su plena integración en la OTAN.

5. Contradicción de otros que antaño airearon su slogan de entrada, no, y ahora ventean que de salida, tampoco. Y se muerden la cola y se beben la baba pretendiendo meter por el mismo embudo del «no» al travestido «sí» de los españoles.

6. Unos y otros rizan el rizo del esperpento, son hipócritas porque no defienden lo que afirman, y ponen en peligro la estabilidad democrática si con su actitud propician un «no» a lo propuesto, el disparate de que el pueblo vuelva la espalda al Parlamento, no coincida con él, de donde la astracanada de una España política y otra España real, desconcierto y atonalidad, desacorde y discrepancia, diseño y disidencia, disonancia, desajuste y despiste nacional.

Tal vez el equívoco provenga de creer que el criterio de la mayoría lo justifica todo, pues ésta también comete errores, injusticias y arbitrariedades, pero como a nadie rinde cuentas, sólo le queda el arrepentimiento o democracia extremista y retrógrada del cambio y vuelta atrás. Son palabras del historiador Tucídides. La solución la propuso, en vano, otro retórico ilustre -Isócrates-, devolviendo prerrogativas al Areópago, llámese Defensor del Pueblo, Tribunal Constitucional o Tribunal Supremo. Al no aceptar esto, empezó a cundir el sentimiento de frustración del individuo ante la masa: El individuo -las minorías- no tenía lugar en un sistema que había entronizado a una asamblea soberana, absoluta y tal vez de espaldas a sus deseos.

Procuremos salir de este laberinto con cautela y no olvidemos cual Teseo ir extendiendo el hilo de Ariadna, la prudencia política, para que, por muchos intrínquilis y recodos que encontremos, sepamos recogerlo a nuestro regreso y hallar la solución en esta Europa maravillosa -nueva Creta- con vistas al mar Egeo de la esperanza.

RECORDATORIO

Y es que a uno a veces le vienen los recuerdos de la infancia como si se tratara de una existencia anterior en otro mundo, como si de nuevo sintiéramos que nos hubiéramos transmigrado de otros seres, como si la metempsícosis existiera realmente en este nuestro cuerpo porque a través de los años de una vida vuelven a nosotros aspectos, sensaciones, recordaciones y sentimientos de que nuestro ser se ha transformado de tal manera que ya ahora nuestro yo, nuestro ser y existir, en nada se parecen a aquél de antaño hasta el punto de que dudamos y nos cuesta trabajo creer que seamos el mismo de nuestra niñez o adolescencia, que esta nuestra experiencia actual de vivir sea la misma que antes.

Viene esto a la memoria, a la nostalgia de revivir aquella edad en este momento en que se nos va -se nos ha ido- el hombre que nos sacara de la nada, nos aupara con sus brazos de bonhomía, nos tomara de la mano y nos llevara de pase a por agua a la fuente, allí cerca de las tapias del cementerio, donde las eras se fundían con el monte de aquel pueblo impío que lanzó al aire la moneda de la vida y salió cruz, sobre todo, para él.

El niño se transforma en adolescente y éste en joven y luego en adulto. Me quieres decir en qué se parece aquel muchacho a este anciano de faz rugosa, dónde está realquilado aquel espíritu emprendedor de los primeros años que no parece sino que está en vivienda desahuciada, aquel mocetón de tronco de roble, ahora convertido en sarmentoso olivo? No, no puede ser que sean el mismo ni en su cuerpo ni en su alma. Qué se hicieron de aquellas prístinas ilusiones hoy hojas esparcidas, orilladas en los alcorques, pisoteadas en los bordes, desfiguradas y prostituidas del polvo y el barro? El tiempo ha ido haciendo su mella, horadando, hasta llegar a las entretelas, difuminando aquella mirada infantil, debilitando aquel vigor juvenil, desmoronando aquella robustez de adulto hasta parar en esta decrepitud de miradas lánguida, cansada de tantos avatares, escéptica, apoyada tan sólo en el báculo que ayuda a arrastrar pasos y resignación. El tiempo es el culpable, el reo, ese fantasma de pies algodonosos y sábana cubretodo, que va minando y enfriando la sonrisa de la niña hasta convertirla en mueca provectora, ese *gigolo* que nos presta sus caricias a cambio de hipotecas. Lo hemos querido encerrar en un dije que rodea nuestra muñeca como para tomarle el pulso y es el que lo toma y traidoramente nos lo para a su hora caprichosa. Desde que saltamos a este mundo se nos nace como una larva que no para de roernos hasta presentarnos descarnados a la madre Tierra. Como un maquillador infame va arruinando nuestra apariencia, derrotando nuestra salud, blanqueando nuestras sienas, deteniendo nuestros pasos, apaciguando nuestra pasión, equilibrando, ralentizando el tic-tac de nuestro corazón, descubriendo achaques, laxando tersidades, desvaneciendo, diluyendo, distanciando escritos, derregando cuerpos, doblegando nuestra espalda y haciendo oídos, eco, a la llamada de la madre tierra cada vez más cerca para abrazarnos y escucharnos y recibimos. El tiempo es el llanto que aja el *rielme* de nuestra vida.

Pero el tiempo también se encarga de cerrar las heridas, de aliviar las penas, bálsamo de crisis, enterrador sublime del dolor, que lo asienta a la par que la tierra, Leteo de ausencias, flor de loto. Ay, si el tiempo no pasara! Ni lo dulce ni lo amargo serían soportables; menos mal que se turnan veloces en alternativa compasiva.

El tiempo no es más que el salto en el vacío entre dos trampolines -el nacimiento y la muerte- sin red en este circo de la vida donde todos somos espectadores bajo esta carpa del mundo y donde los payasos son los más listos y las fieras nos divierten.

No es que pase el tiempo; somos nosotros los que pasamos por su túnel lóbrego y oscuro y que, apenas hemos entrado en él, vislumbramos ya la salida a otros mundos, abocados al esplendor de la luz. No podemos perder el tiempo, pues es él el que nos perdería a nosotros. Matar el tiempo sería el mayor de los crímenes, tan sólo parejo a truncar una vida sin darle tiempo a madurarse. Porque no sabía cómo matar el tiempo, se pasaba el día comiendo pipas. Debían habérselas birlado y dárselas mondadas. Hubiera sido el mayor castigo para un buen catador de girasoles.

El tiempo tan pronto va a zancadas como a paso de tortuga, con botas de cien leguas o patucos de bebé, satélite o caracol. Es la diferencia que va de la risa al lloro, la distancia que media entre una noche de amor y otra con dolor de muelas.

Y no me digas que cualquier tiempo pasado fue mejor, porque ya está oxidado. Sólo el presente que tú construyas puede ser de oro. De la escoria y morralla de la vida, de la veta aurífera vertida en el crisol de trabajo, puede salir el dicho del tiempo es oro, que mejor sería brizna de eternidad.

El tiempo es algo tan gaseoso como eso que llaman Ente público, que parece pertenecer a todos y se mueve en el limbo ontológico, algo así como un ente de razón que nos abarca y embauca a todos, nos gasta, nos exprime y deja nuestra imagen enlatada para el futuro.

El tiempo es esa placita que nosotros creíamos enorme cuando, de niños, jugábamos en ella; el desconchado de esa fachada, la agilidad perdida, la casa de la abuela inolvidable, cerrada y vacía, desvencijada y ya sin lares, mundos todos espejo de nuestro yo. El tiempo es la artesa donde amasamos eternidad, la lámpara votiva que trasciende nuestra vida.

Han pasado tantos años y tan raudos que me viene el recuerdo de cuando niño, de paseo, camino de la fuente, iba de la mano de mi padre. Pero aquél era otro mundo y yo no era yo.

**DIPUTACION
de ZAMORA** 

instituto de estudios zamoranos
florián de ocampo
(C.S.I.C.)

